

Gloria Gómez Guzmán

Las mujeres zurdas bailan suelto

FONDO 
EDITORIAL
TAMAULIPAS

La mujeres zurdas bailan suelto

© Gloria Gómez Guzmán

Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-74-3

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Dr. Américo Villarreal Anaya

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Dra. Silvia Lucero Casas González

Secretaria de Bienestar Social

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director general del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Mtro. Julio Andrés García Pesina

Director de Publicaciones y Fomento Literario

Fotografías en portada y solapas: Alondra García Valverde

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles

Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán

Diseño de forros e ilustración: Manuel Tovar Campos

La colección Cauce del Bravo reúne obras de autoras y autores tamaulipecos con una trayectoria literaria de gran trascendencia a nivel nacional y estatal.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y

Gaspar de la Garza 421, zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000

Tel. 834 315 2977

Derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Cauce del Bravo**, una serie que reúne obras de autoras y autores tamaulipecos de gran trayectoria y que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de nuestro estado.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento, la imaginación y la mirada crítica que habita en nuestras comunidades. La cultura, y en particular la literatura, es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué nos duele, qué soñamos y qué defendemos. Desde esta administración, creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales, es un motor de la transformación.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar con valentía la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de reflexión, diálogo y resistencia. Por eso, en Tamaulipas defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido a través de su expresión cultural y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

Dr. Américo Villarreal Anaya

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

Por eso, el **Programa Editorial Tamaulipas** no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

En estos libros, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director General del Instituto Tamaulipeco
para la Cultura y las Artes

*No sé lo que es la nostalgia
(y eso que mi pasado es tan malo como el de cualquiera).*

Mejor te escondes

—Yo no soy Eloísa —dijo Clara—, pero quise ser todo lo que ella no es —y explicó—; el que ella sea tan gentil, tan asquerosamente correcta, hace que me den ganas de ser la mejor de las peores, solo para compensar, para equilibrar.

Era la tarde de un jueves; bebíamos café sin leche en el Alhambra —un restaurante de chinos, por cierto— y afuera el sol de febrero lanzaba fogonazos desde los parabrisas de los coches que pasaban velozmente con las ventanillas abiertas.

Clara dio una larga fumada a su Raleigh y continuó diciendo:

—Para mí, el mundo solo tiene sentido si puedo verlo como un montón de imágenes revueltas —y sonrió divertida diciendo— que... debo desordenar de mejor manera.

—¿Y cómo crees que se podría hacer eso, tú? —pregunté, también sonriendo.

—Ay, Lourdes, pues no sé —me contestó, y guardó silencio un rato, al cabo del cual agregó—, ni siquiera sé para qué te digo estas cosas.

Cuando salimos del café, ella tomó un coche de alquiler y yo caminé rumbo a mi casa, situada en el centro del puerto.

Mientras caminaba pensé en sus palabras, pero no se me ocurría ningún plan para desordenar más al mundo; con

el pequeño caos que reinaba en mi recámara me había bastado hasta hacía un momento.

Si recuerdo tan bien esa plática con Clara es porque fue la última que sostuvimos antes que ella, al terminar la secundaria, desapareciera de Tampico sin decirle adiós a nadie; ni siquiera a mí, a quien consideraba la mejor o, tal vez, la única amiga que ella había hecho en los últimos años.

Cuando Clara desapareció, sus padres creían que yo sabía dónde se encontraba; en vano me interrogaron varias veces, yo les juraba que nunca me había hecho saber sus planes; ellos no me creían. Meses después, Clara les enviaría una carta. Se había ido con el maestro de Historia; vivían en Puebla, con la familia de él, y decía que estaba muy contenta.

Eso escandalizó a todo mundo; aún recuerdo cómo me detenían en la calle algunos de nuestros antiguos compañeros de clase para preguntarme si era cierto el chisme de que Clara se había ido con el profe de Historia.

Al terminar la prepa yo también me fui del puerto, pero sin provocar curiosidad alguna sobre las razones de mi huida —porque eso fue—; pocos supieron que me fui a México, con mi hermana la mayor —que se había casado y vivía allá— para estudiar Letras en la UNAM.

En la secundaria yo quería a Clara y detestaba a Eloísa, la mejor alumna de nuestra generación. Clara la odiaba, eso nos unía. Eloísa, tan buena niña, tan dócil y dulce, tan insufriblemente hermosa e inteligente. Su papá era dentista y la mamá —muy propia ella— había abandonado la carrera de medicina al casarse para dedicarse completamente a su familia. A Clara y a mí se nos ocurrió que nosotras éramos hijas de la cal y el sebo. Su papá era albañil y el mío, chofer. Nuestras madres no habían estudiado nada, ni siquiera al hombre con el que nos

iban a procrear. Nos habían dejado terminar la secundaria sin entender para qué: “Si al rato se van a casar”.

Sí, cómo no. Clara se “huyó”, como dice mi madre, y yo pronto cumpliré los treinta y seis sin casarme, y sin desear hacerlo.

Y es que, quien sea que coloque sus diecisiete años frente al espejo enmohecido que es el destino asignado a cualquier mujer pobre y talentosa —y creo que tanto Clara como yo lo éramos—, y se pregunte *¿qué hace ahí esa gorda llena de hijos y desencanto, que no se parece en nada a la mujer que ella quiso ser?*, huirá aterrada de esa posibilidad hasta dar con la entrada a ese largo pasadizo, no siempre luminoso, que conduce a la vida como una necesita que sea.

Cuando teníamos esa edad, una mañana, Clara me dijo que había decidido escribir un libro. Una novela, dijo. No supe qué decirle. Hacía sol, pero febrero nos recordaba que era invierno y el frío era húmedo. Caminábamos por la calle Muelle, aún sin barrer; había montoncitos de confeti por dondequiera. La noche anterior había sido la última del carnaval. Ella había estado allí, con sus hermanas, viendo el desfile de comparsas y carros alegóricos. Mientras desfilaban ante sus ojos, Clara pensó que, si “alegórico” se derivaba de alegría, por ahí no había mucha. Cuando encontró el significado de la palabra en el diccionario, le alegró saber que no era así; aunque confirmó sus recelos hacia las alegorías del carnaval porteño ya que, si uno se atenía al sentido estricto de la acepción dada por el diccionario, los famosos carros alegóricos eran, por lo menos, un fraude.

Me contó que cuando en las banquetas los porteños aplaudían al paso de uno de ellos, que simbolizaba al edén perdido, ella le había dicho a su hermana Lucía que ese edén estaba tan mal acabado, tan groseramente pintado que, si así hubiera sido

el original, ni pena daba haberlo perdido. Lucía había hecho un gesto despectivo mientras le respondía que dejara de criticar y que se divertiera ahora que era joven, que ya tendría tiempo suficiente para la amargura cuando fuese mayor. Clara no podía alegrarse porque sabía que cuando terminaran de pasar los carros alegóricos se irían al baile del Casino Moctezuma, un lugar sórdido donde las mujeres bailaban con hombres que ni conocían y que casi siempre apestaban a alcohol. El año anterior sus padres la hicieron acompañar a sus hermanas. Ella odiaba bailar; sabía que lo hacía sin gracia, pero, sobre todo, le escandalizaba la sola idea de que un desconocido la abrazara: “Deben estar locas”, pensaba de sus hermanas.

Volteó con desgana a ver el carro que desfilaba ante la multitud eufórica. Entre piñatas que simulaban ser panteras, o entre panteras que fingían ser piñatas —no lo podría precisar—, dos bellas lanzaban a la multitud sus horribles sonrisas llenas de dientes.

—No lo podrías creer, parecía que estaban anunciando pasta dentífrica las viejas —me dijo riéndose—. Si hasta lanzaban besitos a los que estaban allí, babeando por ellas.

—Qué mala eres —le dije divertida por el gesto que hizo mientras decía “babeando por ellas”.

Imaginé cuál habría sido el juicio de Eloísa si ella me hubiese hecho la reseña del desfile. Definitivamente prefería la de Clara. Se lo dije.

—No me compares— me dijo muy seria.

¿Cómo no hacerlo? Eloísa era el modelo de nuestro este-reotipo a destruir. Un día le dije a Clara: “¿Tú crees que nosotras podremos convertirnos algún día en alguien como Eloísa?”.

—Te mueres por ello, ¿verdad? —me respondió sonriendo con un movimiento de cabeza que indicaba desaprobación—.

No te ilusiones —agregó—, ¿acaso no te has dado cuenta de qué color es tu estúpida piel, negra?

Su respuesta me pareció ofensiva, se lo dije y me pidió que no me lo tomara así, que lo había dicho para poderme explicar su teoría sobre las causas del éxito y del fracaso. Me explicó que las personas que tienen éxito y son felices son blancas. “Qué, ¿no lees revistas?, ¿acaso nunca vas al cine?”, y argumentó: “En las revistas y en el cine todos los ricos son blancos y hermosos, como Eloísa; no importa lo que sea que les pase, ellos terminan triunfando y siendo felices; pero nosotros, la mayoría, encima de pobres somos prietos y feos, por lo tanto, estamos condenados a la desdicha y al fracaso. Así que no tenemos más remedio que resignarnos, según se ve. Por mi parte, pueden irse a la chingada todos los que crean en eso”. Se tiró una alegre carcajada y me abrazó. Tenía toda la razón. Le conté que, en la primaria, una escuincla muy pero muy prieta me dijo un día, sin que yo sepa hasta ahora qué hice para que lo dijera con tanto coraje: “Oye, lávate bien el pescuezo. Se te ven los collares de mugre. Esa es la desventaja de ustedes los blancos, luego luego se les ve la mugre. En cambio, a nosotros los morenos no se nos nota si no nos bañamos”.

Jamás me he sentido tan humillada. ¡Yo ni siquiera había advertido que mi piel era más blanca que la de ella! Me empecé a comparar con la demás gente, para ver qué tan blancos eran. Comprobé con angustia que todos mis hermanos eran más morenos que yo, y que eso no era importante entre nosotros... ¿o sí? Pinche escuincla.

Cuando, días después, le pregunté a mi mamá si yo era de verdad su hija, me respondió:

—Muchacha sonsa, si no fueras mi hija, ¿tú crees que te iba a aguantar, siendo tan majadera como eres?

Clara era muy morena, pero su pelo era lacio. El mío, en cambio, era rizado, casi crespo. Además, mi piel no era blanca, era morena clara. Así que, ¿cómo iba a saber que yo era *blanca*?

—No es fácil andar por el mundo sin señales precisas que te identifiquen —le dije al hombre con el que viví seis años—.

Él me dijo que estaba equivocada; que era mejor vivir así.

—Nadie va a descubrirte si nadie te identifica —me dijo.

—Yo no ando escondiéndome de nadie —le respondí con enojo.

—Pues más te valdría hacerlo —dijo, y se tiró la carcajada que usaba para dar por concluida una discusión que él decidía que había ganado.

¡Hasta crees!

Clara lo tenía muy claro. Si se fue con el profe de Historia a los diecisiete y lo dejó a los veinte, si a nadie le dijo nada —ni siquiera a mí, qué gacha—, pues muy su bronca. Lo que sí le pregunté cuando, dieciocho años después, nos volvimos a ver fue ¿por qué había escogido a un hombre tan estúpido?

—Ay, Lourdes, ya ni la haces. No es una pregunta que esté a tu altura.

—¿Qué? —repuse asombrada.

—Mira, yo me fui con él porque, en ese tiempo, él era el único hombre en el mundo que me hubiera llevado consigo —me dijo con un aire triste.

—¡Hasta crees! —le respondí.

—Sí. Así es, amiga mía. Yo quería irme de aquí, conocer el mundo, ver otras posibilidades que las que vislumbraba para una muchacha pobre, inteligente y no tan fea. Porque yo así me veía, ¿sabes? Solía verme en el espejo analizando cada detalle de mi persona. Sabía que, aun sin ser fea, no era nada fuera de lo común. El que fuera inteligente no servía de mucho. Eso hasta puede empeorarle las cosas a una mujer, como tú seguramente habrás comprobado. Así que decidí aprovechar el deslumbramiento del menso de Rodrigo para escapar de aquí. Creo que él se sintió halagado por la frescura de mi piel, tan a su alcance

para un hombre viejo. Una mujer joven tiene al menos esa ventaja sobre las mujeres adultas.

—Entonces, ¿ni lo amabas ni te amaba? —le pregunté.

—Claro que no, mujer. La gente aún no aprende a hacer eso. Oye, ¿ahora te levantaste dormida o así te has vuelto últimamente? Porque, ya que estamos hablando de “antes”, antes no preguntabas tanto ni tan pendejamente.

—¡Híjole! —le dije— ¡Cómo eres! Lo que pasa es que ya no me acuerdo muy bien cómo éramos hace dieciocho años.

—Pues más estúpidas, se supone. ¿O no?

Ambas reímos, yo con algo de pena. Había fingido que lo que pasó hace mucho en mi vida carecía de importancia. Además, había adoptado una falsa modestia intelectual frente a ella, y esta había sido advertida y denunciada. Mentía cuando dije que no recordaba cómo éramos. Desde que Clara me llamó por teléfono para hacerme saber que estaba en Tampico y que le gustaría que nos reuniéramos “para ver los estragos que ha hecho la vida en aquellas buenas muchachas que antes fuimos”, me había inundado la marea obsesiva de los recuerdos.

Por ejemplo, bien me acuerdo de que mi mamá no quería a Clara, por la sencilla razón de que mi mamá no quería a nadie que pareciera gente y mostrara uso de razón. Le habría fascinado ser Margaret Thatcher, pero era una pobre criatura que había huido, vía mi padre, de la horrible suerte que aguardaba a las campesinas de la región Huasteca en los años treinta. Cuando era niña, allá en el rancho Los Halcones, atendía con maravillada expectación las increíbles cosas que se contaban sobre Tampico, “el puerto más hermoso del mundo”, donde —según decían los que allí habían estado— por las noches las calles parecían ser de oro por la extrema humedad de la atmósfera y la enorme cantidad de lámparas que las iluminaban. El puerto

de las tentaciones tardías y los arrepentimientos tempranos subyugó con el esplendor del oro negro a las multitudes empobrecidas de todas partes del país, y aquí cayeron, como ella y mi padre. También los abuelos de Clara se habían venido con toda su parentela y, como pudieron, se fueron estableciendo en las orillas de aquella ciudad que era “la gloria de toda la nación”.

—No te juntes tanto con esa chamaca, tiene un airecito socarrón que no me gusta nadita —me hizo saber.

—Ay, mamá, a usted no le gusta nadie. ¿Qué se me puede pegar?, ¿a ver?... —intentaba convencerla.

—Ya se te está pegando... Antes no eras tan respondona.

—Pero si no le estoy respondiendo mal.

—Mira, mejor cállate. Y te prohíbo que seas amiga de esa escuincla tan vulgar; nada más eso me faltaba, que encima de pobres nos tachen de corrientes.

No me reí para evitar su furia; pero aún hoy me hace sonreír su pretendida distinción; y aún ahora, mientras lo escribo, no logro explicarme de dónde provenían los aires aristocráticos que soplaban sobre su persona y las de sus hijos.

Una vez fui a ver a un siquiatra porque me estaba complaciendo demasiado con mi soledad, y quería platicar con alguien sin que tuviera que sentir vergüenza y gratitud eterna —como hacia un amigo— por haberme permitido encenizar su existencia con el recuento de mis miserias. “Total: Hablo, pago y olvido”, me dije. Esa sí que fue una gran experiencia.

El tipo me cobró el equivalente a un par de zapatos de buena marca, solo para decirme que le parecía muy bien que todavía existiese “una cierta idea de dignidad entre los pobres”; que yo debería estar orgullosa de mi madre. Me quedé estupefacta. Creo que es obligación de todo aquel que cobra por prestar un servicio dejar satisfecha a su clientela, pero ese tipo sí que

andaba mal. Yo esperaba que al menos me siguiera la corriente, como debe hacerse con cualquier loco que se respete siempre que pague, como yo. El sujeto me estaba regañando por no apreciar la delicada sensibilidad de espíritu de mi progenitora. Ya ni le informé sobre la variedad de sutilezas que empleaba la versión doméstica de Hitler que tuve por madre para hacer obedecer a sus judiíitos hijos; para no darle chance de hacer un elogio de la Gestapo, como seguramente habría hecho, el muy infeliz. Además, qué escandalizada me hizo sentir: ¡Pagar tanto dinero para darme el lujo de que un pobre pendejo me pedorreara! Pagué mi consulta y no volví.

¿Cómo pudo?, ¿estaba de suerte?

Como esas historias que merecen un final feliz, la historia de Eloísa, aunque no lo creas, comienza cuando ella nace; había cumplido catorce años cuando eso ocurrió. ¿A quién podría parecerle extraño que estuviera nadando en la laguna cuando su advenimiento a la vida tuvo lugar? Tampoco es raro que el sol de abril intentara amplificar su ruidosa claridad en el transcurso del suceso.

No es que Eloísa haya optado por la vía mística a tan corta edad, ni que las frescas aguas de la laguna le hubieran remitido a un *déjà vu* primordial, ¿o sí? Lo que pasó más bien fue que, mientras a su alrededor nadaban algunos niños, ella advirtió que estaba sola; no importaba qué tan lejos o cerca estuviesen esos brazos remeros a unos metros de su cuerpo, ella estaba... se sentía sola. Tan sola como si fuera la única criatura viva en ese frescor espeso que la envolvía, adhiriéndola a sí misma, pero uniéndola a todo, a todos. No experimentó angustia, sino más bien una sensación de tranquila euforia, una lasitud exultante, si puede decirse de ese modo. Así se dio cuenta de que estaba viva. “Maldita sea, qué felicidad”, se dijo.

No cualquiera que se siga llamando Eloísa a los dieciocho, se vista de *short* y camiseta en el verano, camine incansablemente por la ciudad sin peinarse (“¿para qué?”), deteste usar los

anteojos de aro metálico que no debe quitarse y se ande descalza por la casa, puede sentirse horriblemente alta y encima flaca; insatisfecha con su pelo lacio y escaso, su nariz tan larga y delgada, sus labios como rayas finísimas zigzagueando, mientras piensa que sus manos son demasiado grandes y venosas; además están sus pechos indefensos y pequeños, pero apuntando al frente; y esa vergüenza de saberse observada minuciosamente por ojos hostiles mientras atraviesa la ciudad con la mirada al suelo: no ver los ojos de los otros, “cargan tantas cosas consigo”. Tal vez por eso, o a pesar de todo ello, aprendió a gustar de Marx, que no era huasteco, lo cual era “una lástima, por lo menos”; así su papá podría sentir que tenía algo en común con él y no lo habría desautorizado tan despectivamente llamándolo “judío de teorías exóticas” cuando Eloísa le dijo que era el mejor filósofo de todos los tiempos.

Claro, eso le pasaba a ella por ser hija de un odontólogo que cobraba en dólares, y de esa mujer que había abandonado una carrera universitaria para casarse: “con el hombre de mi vida, hija, eso es lo más importante. Además, una mujer doctora no va bien con un odontólogo; ¿no te parece que la gente pensaría que ella es más que él?”. Lo que obtuvo su madre fue una vida de club; eso sí, el mejor club deportivo del puerto, y una hija única a la que decía, a menudo muy patéticamente: “No toleraría la sola idea de separarme de ti”.

Eloísa no comprendía por qué la habían metido a estudiar secundaria en una escuela pública si sus padres eran “gente de dinero”; allí había conocido a tres maestros “rojillos” salidos de la Normal Rural que le habían hecho comprender los orígenes de la desigualdad social. Ellos le hicieron saber que, aunque ella era pequenoburguesa, podría convertirse en una auténtica revolucionaria, igual que los grandes teóricos del socialismo,

quienes “en su tiempo —le informaron— fueron considerados traidores a su clase, pero ahora, cuando más de la mitad del mundo es socialista, son venerados por dedicar su vida y su genial talento a redimir a la masa inmensa de los explotados, los excluidos de la justicia capitalista”.

Su madre le explicó el motivo por el que estaba en esa “escuelita para pobres”. Le dijo que cuando ella estuvo en edad de entrar a la secundaria, su papá no tenía dinero suficiente para mandarla al mejor colegio de Tampico y que, razonando correctamente, según ella, le pareció mejor que Eloísa se sintiera superior entre estudiantes pobres, que inferior entre los más ricos de la ciudad. A ella le pareció asquerosa la opción que le habían asignado y se odió cuando, al terminar la preparatoria, no pudo reunir el coraje suficiente para largarse a estudiar, por lo menos a Monterrey o a San Luis Potosí. Se aburría en la Facultad de Derecho de la universidad local; le repugnaban sus maestros y sus compañeros sin imaginación y sin moral. ¿Cuál justicia defendería ese grupo de babosos y arrastrados, sino aquella que les beneficiara a ellos? Se sentía engañada y furiosa. Eso y más se merecía por haberse quedado en Tampico mientras en las grandes ciudades del país la juventud experimentaba a tope la liberación interior que el *rock*, la marihuana y el amor libre propiciaban. Le quedó el recurso del desprecio: “Yo soy distinta porque me doy cuenta de cómo son las cosas. Los demás son unos alienados”, pero ni eso la tranquilizaba. Sí, estaba muy sola.

No se nace así nomás

—Y es que, no se nace así nomás —me dijo Clara hace días—. Cuando ocurre, algo similar a un terremoto atraviesa el territorio de la experiencia vivida hasta entonces. Y eso pasa mientras almorzabas y oías a Vivaldi por ejemplo o cuando un hombre te abofetea por primera vez, o esa vez que llorabas y volteaste a un lado para descubrir que el espejo había estado reflejando tu dolor y tú no lo advertías; y te viste ahí, con un rostro ajeno y risible, y te desconociste; solo entonces reíste contigo misma porque supiste que esa otra no era la que a ti te habría gustado ser; así que respiraste hondo, le guiñaste con ternura un ojo a la del espejo, sonriendo, decidiendo que eso se acababa, que hasta allí llegaba el daño. Y empezaste. ¿Nunca te pasó? —me preguntó.

Yo me había quedado muy seria mientras Clara hablaba de los “nacimientos verdaderos”, no de los de “a huevo”.

No respondí de inmediato, me quedé quieta en la silla y volteeé hacia la puerta del café, como si alguien hubiera llegado en ese momento; fijé la vista en la puerta cerrada y permanecí así un rato, reflexionando, antes de decir:

—Lo que me pasó fue darme cuenta de que el *show* no me gustaba nadita —le dije riéndome.

—Y no pudiste irte, ¿o no quisiste? —inquirió con rudeza.

—No quise —dije dando un sorbo a la taza de café frío—, estás en lo cierto.

No agregué nada más, pero más tarde, mientras caminaba hacia mi departamento, pensé en lo difícil que aún me resulta hablar de mí, de “mi salida al mundo” como yo la llamo.

Sé que cuando una decide instalarse en la vida, hacerse un lugar en ella, es a pesar de quien sea y contra quien se oponga. Es solo una elección que debe tomarse cuanto antes. Yo elegí quedarme y salir con todo. Porque, ¿cómo podría haberme ido? Es demasiado fácil largarse; es demasiado cómodo para todos, hasta para una si se apendeja.

Hubo un llanto una tarde de verano a la orilla del río, esa vez estuve a punto de arrojarme en él. Me recuerdo imaginando mi cuerpo sumergiéndose, saturándose de muerte velozmente. Era tan fácil. Algunos llorarían por ello. Yo estaría muerta y ya no importaría. Sin explicaciones, sin acusaciones, simplemente desaparecería del horizonte de quien fuera. Me ganó el odio. ¿Qué habían hecho para merecer tanta suerte? No, nadie tenía derecho de disfrutar la vida sin mí en ella. Nadie me iba a ver muerta en el río, hinchada y monstruosa. Iba a seguir viviendo hasta que me muriera; nadie iba a matarme con mi consentimiento, ni siquiera yo misma.

Pero eso no fue un nacimiento, fue una resurrección.

¿Cuál pinche acción?

Eloísa está mirando a dos señoras que en la acera de enfrente abren y cierran la boca alternadamente; la ventana de vidrio está cerrada y no escucha la conversación. Se despiden con un beso y una de ellas voltea hacia donde Eloísa está mirando y le sonríe maliciosamente, la otra lo advierte y extiende su brazo derecho agitando la mano; también le sonríe, aunque tímidamente. Se marchan. “¿Qué será de mí a los cincuenta?”, se pregunta Eloísa.

Verá a Carlos a las seis, en el Café Alhambra. Aún no ha decidido si participará en el Comité; no está de acuerdo con las momias del Partido Comunista. No, no va a entrar a ese cementerio de sueños imposibles. Se lo dirá a Carlos con franqueza y le agradecerá la confianza que le tuvieron al invitarla. Pero si no participa, ¿qué hará?, ¿cruzarse de brazos y llorar por todos los presos políticos, por todos los muertos inocentes, por los pobres sin amparo? Debe tomar una decisión; detesta discutir, pero seguramente eso es lo que hará Carlos: argumentará lo que sea para convencerla de “entrar en acción”. ¿Cuál pinche acción? ¿Embarrar de pintura algunas paredes por la madrugada, pidiendo la libertad para los presos políticos o conminando a los *yankees* imperialistas a irse a su casa? Como si su casa no fuera todo el mundo, como si todo el mundo no los estuviera aceptando sin pestañear.

—“Crear dos, tres, muchos Vietnams”, propuso el Ché Guevara, pero a estos comunistas de aquí, igual que a los cubanos antes de Castro, la lucha armada les provoca pavor —le dijo a un Carlos boquiabierto—; son unos verdaderos hipócritas, haciendo como que quieren la revolución, y lo único que les preocupa es ver cómo se acomodan en el basurero para poder tragar la mayor cantidad de mierda posible, pero eso sí, haciendo todos los ascos imaginables.

—Oye, espérate —le respondió Carlos, enojado—, ¿qué no te has puesto a pensar que la mayor parte de la gente no está dispuesta a sufrir más de lo que ya soporta? ¿Encima quieres que los maten, o que los encarcelen y los torturen, y los dejen inservibles para siempre? Qué pendeja eres o qué hija de la chingada, que es peor.

—Con que me hubieras dicho pequeñoburguesa habría sido suficiente —le contestó Eloísa, sonriendo despectivamente.

Ahora resulta que ella era una “hija de la chingada”, faltaba más; ya no le dijo nada a Carlos, se tragó los insultos y sintiéndose cada vez más incomprendida, decidió que a ella no le importaba el destino de la humanidad si la susodicha no se molestaba en arriesgar su vida para salvarse.

—Su vida, con todo y sufrimiento, ese sufrimiento que tú, pequeñísima burguesa, jamás has conocido; repito, su vida, les es valiosa, ya que no tienen ninguna otra cosa —le había dicho Carlos antes de pararse e irse, dejándole la cuenta por pagar.

“Su vida”, se repitió mentalmente Eloísa: “¿Cuál pinche vida? Si a eso llaman vivir, mejor morirse”. Ella se desentendería de la cuestión. Ya la llamarían si la necesitaban. A ver si tenía tiempo para ellos cuando eso ocurriese, si es que llegaba a ocurrir algún día, cosa que dudaba.

A lo mejor ni importa

Eloísa había leído en una revista que el mundo se iba a terminar, como ocurre a toda cosa que empieza. No le produjo angustia la noticia; la revista calculaba que la destrucción del mundo tardaría unos cuantos millones de años. Para entonces ella y toda la especie humana estarían muertos. No pensaba tener hijos, así que, qué importancia tenía el futuro del planeta. Pero si eso era así, si nada importaba, si el hombre no tenía ningún compromiso con un planeta al que de todos modos se lo iba a cargar la chingada... nada, entonces, ¿para qué mortificarse por el futuro de la pinche gente que ahorita mismo está viviendo como si no importara nada, pero nada, lo que significa estar vivo o cualquier cosa que eso sea?

“El que añade ciencia añade dolor” había dicho El Predicador y Eloísa creyó que haber dado con verdades tan terribles solo le había servido para darse cuenta de que ella era un pedazo de babosa tan pequeña y frágil, tan estúpidamente inútil, que más valdría no haber nacido, por lo menos no en este siglo tan desconsolador.

En otros siglos cualquiera habría confiado en sus potestades humanas, o se habría atendido a las divinas para mejorar su suerte y la de sus contemporáneos, pero Eloísa había nacido en la segunda mitad del siglo veinte, y el poder liberado por la

fisión nuclear, y las posibilidades infinitas de la crueldad humana desplegada todos los días en los diarios, le dejaban ver que no había remedio, ni salvación, para la criatura humana, hiciera lo que hiciese cualesquiera de ellos para evitar la destrucción antes del término natural del planeta.

Quiso ser como todos, reírse de nada y de todo, vestirse a la última moda, enamorarse, fingir que todo iba muy bien, que ella había nacido “en el mejor de los mundos posibles”; pero en la noche, en su cama, lloraba amargamente por ella, por su incapacidad para engañarse. Se decía: “Yo debo estar idiota, o no he entendido nada; solo yo veo el fin a dos palmos de nuestras narices y nadie lo advierte. Debo estar idiota, pero ¿cómo fue a ocurrirme?”.

La noticia del día era que un niño llamado Rubén había tomado su cajón de bolear ayer por la mañana, sonriendo, dando besos a mamá, muy orgulloso de salir a trabajar para traer algo de dinero a casa; solo tenía ocho años, era un chiquillo encantador tocando a las puertas de las casas, solicitando zapatos sucios para hacerlos brillar como si fueran nuevos; encantador, las señoras simpatizaban con el chiquilín, le pedirían que les hiciera algún mandado y luego le darían algunas monedas para recompensarlo, tan buen niño. En un departamento algún hombre le abriría la puerta, los ojos abotagados, las manos en los bolsillos, la sonrisa maliciosa y la voz extraña preguntando: “¿De veras sabes hacer bien tu oficio? A ver, pasa, vamos a ver qué tan bien sabes hacerlo”.

El horror después, el cuerpo violado y muerto en la plancha, la madre desgarrando toda la extensión de la luz con sus aullidos. El padre derrumbado en una banqueta afuera del anfiteatro. El diario a la mañana siguiente: “Depravado sujeto privó de la vida a un menor. Está en la cárcel”.

“Eso somos —se dijo Eloísa—. Cómo no horrorizarse. Esas bestias somos. Y si muevo un dedo nada cambia, solo moví un dedo”.

Cómo empezar una historia

“Clara me platicó que apenas hace unos días empezó a escribir su libro. ¿Cómo puede Clara empezar un libro a los treinta y cinco años? No sé. A lo mejor a esa edad es cuando una debe empezar a hacer lo que verdaderamente importa: un libro, sí; una familia, una vida, yo qué sé. Y yo, ¿qué podría empezar a estas alturas?

”Ni siquiera conseguí un hombre que me haga sentir satisfecha de ser la mujer que soy; ni siquiera tengo un buen trabajo. ¡Vamos! Ni siquiera un perro, un simple perro que dependa de mí, que me necesite y se muestre agradecido por mi maravillosa existencia. Tal vez me conseguiré uno, así tendré la sensación de interesarme por alguien, de preocuparme por alguien; me sentiré necesaria y hasta buena. ¡Qué va! Si detesto hasta el olor de los pinches perros. Ya me veo sacando al animalejo a cagar todas las mañanas, bañándolo los domingos; llevándolo a la boutique para mascotas a que le corten el pulguito pelambre. ¡Qué horror!

”Soy ojetete, tengo que reconocerlo. Y desde hace mucho tiempo. Hace años, una amiga me regaló una ardilla; la había recogido de la calle, donde la encontró lastimada de una pata. La cuidó y luego debió confiármela, ya que ella se iría de la ciudad en unos días. Al principio me encantó el animal. Compré una jaula de perico y metí a la ardilla dentro; luego la colgué de una rama del tamarindo que había en el jardín. Y allí la olvidé. Sí,

la olvidé. Cuando recordé que tenía una ardilla en una jaula, colgando de una rama del tamarindo, habían pasado tres semanas. La ardilla estaba muerta, y yo me sentí asqueada de mí misma. Desde entonces, no me comprometo a cuidar de nadie, de nada. Creo que merezco mi soledad. No quiero ni pensar en lo que sería mi vida si tuviera un hijo.

”Si yo escribiera un libro, sería para decirle al mundo: No se hagan ilusiones, no sirve de nada creer que el hombre es un animal racional y venceremos, camaradas. No, yo les diría: ‘¿Así que tú crees que somos capaces de ser felices? Desengáñate, imbécil, revisa la historia y después hablamos’. Eso sería más útil que cualquiera de las sandeces de ‘superación personal’ que ahora se publican y que tantas gentes compren sin más provecho que el que obtiene el autor, un hijueputa especializado en cierto tipo de sadismo, según veo. Lo que sí creo es que la gente, por lo general, confunde la felicidad con la comodidad. Nadie, ni siquiera yo, quiere molestarle excesivamente por nada, y menos por nadie. Además, qué babosadas son esas de que hay que vivir en busca de ‘la felicidad’; como si esta fuera un sitio geográficamente determinado: paralelo 27 esquina con meridiano 26, pasen todos, aquí es el paraíso.

”¿Qué tiene de malo sufrir? Hay que aprender a hacerlo con decencia, sin andar llenando de mocos el hombro de quien lo ofrezca para tu exclusivo uso. Si sufrieras de tal forma que tu sufrimiento se volviese insoportable, correrías en busca del remedio para eliminar tanto dolor; pero mientras sea tolerable, nada de telenovelas, por favor.”

Así pensaba Lourdes cuando sonó el timbre del teléfono. No sentía deseos de contestar, pero no se atrevió a dejarlo sonando hasta que quien fuera que estuviese del otro lado de la línea se convenciera de que en su casa no había nadie que

contestara. Se paró con lentitud y descolgó el auricular; esperó a que del otro lado inquirieran y se sorprendió al oír la voz de Pablo preguntando: ¿Bueno?, ¿bueno... eres tú, Berenice?

—Soy Lourdes, respondió fríamente.

—Perdóname, me equivoqué de número.

Pablo colgó sin darle oportunidad de preguntar por qué tenía su número telefónico. Ella no se lo había dado y había prohibido a sus amigos que lo proporcionaran a quien fuera. Además, su nombre no figuraba en el directorio, el suyo era un número privado. Estaba llena de furia.

Fue a la cocina, abrió el refrigerador y sacó una cerveza. Dio un trago largo y se encaminó al aparato estereofónico; lo encendió y tomó un disco, el primero de la fila que se apilaba en el estante donde estaban depositados. “Pablo Milanés, maldita sea —se dijo, riéndose de la jugada que el azar le hacía—. Bueno, ya está visto que esta noche me voy a dedicar al silencio y a la reflexión. Apagó el estéreo y se fue a apoltronar en el sofá con su cerveza. Y entonces recordó.

Pablo trabajaba en Ferrocarriles Nacionales, despachando boletos, allí lo conoció. A Lourdes le gustaba viajar a México en tren porque tardaba más en llegar que el autobús, además, el viaje era diurno y el paisaje mexicano desde la costa del Golfo al centro del país era sorprendentemente variado. Siempre le parecía que los lugares que ahora veía no eran así antes, habían cambiado en seis meses o en un año, tanto que eran irreconocibles; eso la alegraba pues le prestaba la sensación de estar allí por primera vez. Así se lo dijo a Pablo cuando este le preguntó que si no le era más cómodo viajar en autobús. Le pareció inadecuado que el muchacho le hiciera esa pregunta que favorecía tan poco a la empresa para la que trabajaba, pero creyó que era su forma de entablar relación con ella y accedió al trato.

¡Qué bárbaro!

Eloísa conoció a Frank en el Siguaraya, un carguero cubano fondeado en el muelle porteño. Fue una tarde, a finales de noviembre del 68, cuando ella y otros muchachos —que habían ido a la biblioteca del consulado de Cuba a jugar ajedrez y leer libros cubanos— fueron invitados a ir al Siguaraya, donde se celebraría una fiesta para celebrar el aniversario de la Revolución mexicana. Ya en el barco, un güero gordo mexicano quiso quedar bien con los cubanos afirmando que la cubana sí era, de a de veras, una Revolución, y que la nuestra había sido solo una mascarada trágica. El joven cubano que iba a su lado sonrió con ternura y le dijo: “Compañero, las luchas de los pueblos no son nunca mascaradas. Podemos lamentar que las cosas no hayan salido tan bien como se esperaba, pero nuestro deber como revolucionarios...”, etcétera. Eloísa quedó deslumbrada por el muchacho cubano. Tan joven y tan lúcido; no pasaría de los veinte y ya hablaba como el mismísimo Fidel, qué bárbaro.

Anduvieron viendo el interior del barco. Eloísa nunca había entrado a uno, eran como hoteles. Allí supo lo que había perdido por ser mujer; pensó que si ella hubiera sido hombre, habría sido marinero. Se imaginó poseyendo toda la soledad que deseara durante las rumorosas noches de la travesía transoceánica, conociendo ciudades llenas de desconocidos,

escuchando tantos idiomas extraños, visitando los museos de todos los puertos del mundo, escribiendo sus impresiones. Miró a David y sintió tristeza. Era un amigo de prepa al que estimaba mucho porque era alegre y muy amable. Siempre organizando “eventos para juntar fondos”, para hacer más “eventos”, que casi siempre eran fiestas a las que Eloísa no asistía nunca, pero siempre cooperaba con David y se interesaba por “sus cosas”, como decía él. Lo había convencido de asistir a la biblioteca cubana y luego la acompañó hasta el barco, para que no fuera sola a ver marineros “porque dicen que luego encierran a las mujeres en los camarotes y abusan de ellas”. Sentía pena por él que nunca quiso ser marinero y que nunca sería mujer, y quería serlo: “Eso debe ser horrible”, pensó.

En la cena, mientras comían “moros y cristianos”, el muchacho cubano que hablaba como Fidel se paró junto a ella y le dijo: “Más tarde tendremos un bailecito en el consulado, ¿quieres ser mi pareja de baile?”. Ella enrojeció y le dijo que en su casa no le permitían llegar tarde, que terminando de cenar se iría, “pero, de todos modos, muchas gracias por su atención”.

—¿Ni siquiera me preguntas cómo me llamo, chica? —le respondió él, sonriendo mientras acercaba una silla y se sentaba a su lado.

—Disculpe —dijo ella, con tanta pena que él, al advertirlo, le pasó una mano sobre el cabello y viéndola con dulzura, le dijo:

—No te preocupes, chica, era un modo de sacarte conversación. Es que tú no hablas mucho, ¿eh? —y añadió—: debo andarme con cuidado contigo... Las mujeres de acción son todas iguales: De pocas palabras, pero de hechos rotundos.

—Tampoco he hecho nada muy rotundamente que digamos —alcanzó a decirle con un esbozo de sonrisa y agregó—, me llamo Eloísa Santisteban.

—Y yo, Frank Praderos —le dijo estrechando con suavidad, y con ambas manos, la mano derecha de ella.

Sus ojos eran grandes y claros, azules, pero al fondo de su mirada había un comienzo de la tristeza; su piel era oscura, sus dientes blanquísimos y la sonrisa abierta, “como la de Marlon Brando”, descubrió Eloísa. Su corazón parecía estar ejecutando un solo de batería, pero como si estuviera a cargo de un endemoniado rocanrolero africano. Supo en ese instante que él sería el hombre de su vida, y que lo perdería. Dos lágrimas salieron de sus ojos, se incorporó bruscamente y mientras se encaminaba a la puerta del comedor, le dijo: “Discúlpeme, ya es muy tarde, debo irme”. Él la siguió envuelto en el silencio absoluto de los comensales que miraban maliciosamente lo que ocurría. Cuando hubieron salido el capitán del barco acotó, “los cubanos somos tremendos, que ni duda quepa”.

Un lujo a tu alcance

Sus hijas se habían ido con los nietos al parque, Lucía había expresado su deseo de acompañarlas, pero ellas se negaron: Querían estar con los niños a solas. No se molestaron en decirlo en un tono amable. Se sentía dolida, ¿por qué eran así con ella que tanto las ayudaba?

“Para lo que sirve mi cariño es para lo que a ellas les conviene”, se dijo, y se fue al jardincito del patio trasero donde las rosas siempre mostraban su gratitud silenciosa y constante: todo el año floreaban, “si así fueran las gentes”, pensó. Mientras rociaba agua mineral sobre los pétalos advirtió que en sus manos habían aparecido manchas cafés. “Me estoy haciendo anciana”, se espantó. Había envejecido cuidando a su marido y a sus hijas, sacrificando hasta sus sentimientos más profundos para que ellos estuvieran contentos. Había perdido su juventud de renuncia en renuncia. Y aún ahora que se estaba volviendo vieja seguía sirviendo a todos, menos a sí misma. Sus hijas, divorciadas las dos y con un hijo cada una, vivían con ella. Siempre estaban dejándole a los nietos para irse a trabajar: “Así te entretienes y no estás llenándote de malos pensamientos”, le decían alegremente cuando ella se quejaba de no tener tiempo para sus cosas nunca.

Claro que quería muchísimo a Vicente y a Rogelio, sus nietos, pero a veces sentía que la vida se le estaba yendo y que pronto moriría con esa sensación de no haber hecho algo muy importante. Pero ¿qué?, ¿qué podía ser más importante que cuidar de su familia y procurar su bienestar?, eso estaba mucho más arriba que la egoísta sensación de sentir que en su vida había hecho falta algo y que eso, lo que sea que fuese, tal vez estaba definitivamente fuera de su alcance.

Sintió deseos de llorar y lloró. Nadie la veía, pero igual sintió vergüenza; ya no era una niña para dejarse llevar así. Secó sus lágrimas con el mandil y se dispuso a entrar a la casa. La puerta estaba cerrada: “Como mi vida”, dijo en voz alta, y ya en silencio, “pero así lo quise yo”, y sonrió con tristeza.

El teléfono sonaba, sacó las llaves de la bolsa del mandil y advirtió que eran las de la casa de su madre, quien vivía a dos calles. Ella las tenía por si alguna vez ocurría que su madre se quedara fuera de casa y las llaves adentro. Debió tomarlas equivocadamente, pero ¿por qué lo hizo? Nunca antes le había pasado. Se dio cuenta de que estaba encerrada en el patio trasero de su casa. Las bardas que la rodeaban eran muy altas, pues a ella no le gustaba que los vecinos se metieran en su vida. Una vecindad es algo accidental, no una elección, así que ni siquiera había entablado con ellos una relación de cordialidad. No podía gritarles pidiendo auxilio, no, ¡qué pena! Mucho menos brincar hacia el otro lado, así como si nada, tendría que explicar la invasión a su propiedad. El teléfono seguía sonando. Se angustió: “¿Y si son mis hijas y ha pasado algo? No, no tiene por qué ser eso. Y ahora, ¿qué haré?”. Su angustia se volvía dolorosa. Hurgó en su mandil para ver si había ocurrido un milagro y las llaves de su casa aparecían allí, pero no; solo había unas monedas. El teléfono dejó de sonar: “No ha de ser importante”, pensó para

tranquilizarse. Decidió que era una suerte que sus hijas vivieran con ella y que solo estuviesen en el parquecito de la colonia. Pronto llegarían y abrirían la puerta de la entrada, ella oiría sus risas, les haría saber que estaba encerrada atrás, le abrirían la puerta y la harían entrar a la dichosa tranquilidad doméstica de siempre. “Que esto me sirva para no volver a renegar de mi suerte nunca más”, se dijo, y se sentó en el suelo. Entonces fue cuando se puso a llorar como si se hubiera muerto y a nadie le importara.

Carteándose con negros comunistas

Le llegó una carta, su madre se lo hizo saber, le preguntó: “¿Quién es ese Francisco que te escribe desde un barco en el muelle de aquí?”. Ella sintió que en su pecho cien tambores africanos retumbaban como una manada de elefantes huyendo de un incendio en la selva. Su madre volvió a la carga.

—¿Por qué te escribe desde el muelle? ¿Acaso andas de novia suya? ¡No me digas que es un pinche marinero!

Eloísa tomó aire y decidió mentirle, a medias: Era un ingeniero cubano que había conocido en la biblioteca.

—¿Un ingeniero? —inquirió la madre, levantando la ceja izquierda, señal que en ella indicaba recelo.

—Sí, mami, en Cuba también hay ingenieros, y doctores y arquitectos y abogados y... ¡hasta odontólogos!, ¿tú crees? —le respondió sarcásticamente.

—No creo que en esa isla comunista haya estudios profesionales mínimamente buenos —dijo su madre—. Espero dos cosas, Eloísa: Una, que no te vayas a involucrar sentimentalmente con ese hombre y dos, que por lo menos ese ingenierito sea blanco; no me parece apropiado que una muchacha de la buena sociedad como tú se ande carteando con negros comunistas. Y... —le hizo saber— tu padre se va enterar de esto, estás advertida.

Eloísa iba a responderle que era una racista de lo peor, que dejara de creerse las idioteces del *Reader's Digest*, que dejara de fastidiarla; pero se cansó solo de pensar en lo que le iba a servir insultarla, jamás entendería nada. La odiaba. Solo le dijo:

—Despreocúpate, mami, él es blanco como la nieve y sus ojos son... del color del cielo.

Sonrió mientras se lo decía y se quedó sonriendo mientras mentalmente le informaba: “sus ojos son como un cielo de primavera, pero su piel es como la nieve... cuando hay un derrame petrolero en el Ártico, mami”.

Entró en su recámara y cerró por dentro. Desgarró el sobre y leyó la carta de un tirón. La noche en que ella había abandonado precipitadamente el barco, huyendo de una fatalidad muy similar a las que abundan en las novelitas cursis, Frank la acompañó hasta el coche de alquiler y logró sacarle, a fuerza de ruegos, la dirección de su casa. De eso hacía ya un mes.

En la carta, Frank la citaba ese mismo día en la Plaza de Armas, frente a la catedral; la estaría esperando “con mucha ilusión”, aseguraba. El tono era cordial, afectuoso, le hacía saber que sus viajes al puerto serían frecuentes y que deseaba ofrecerle “la mano franca de un cubano en son de amistad”.

Sintió coraje. Ella que no dejó de pensar en él durante todos los días transcurridos desde esa noche en el barco y él solo le estaba ofreciendo “la mano franca... de su abuela”, se dijo y decidió que no iría, que faltaría a la cita, aunque después se arrepintiera toda la vida.

Pero fue.

A las cinco de la tarde, los habituales de la Plaza de Armas vieron a una muchacha alta y delgada atravesar la calle lentamente; llevaba el largo y rubio cabello suelto y un vestido azul de amplísimo vuelo. El viento agitaba su falda y ella lo dejaba

hacer ocupada en ver al frente sin mirar a nadie, para que fuera él quien la viese y saliera a su encuentro.

Cuando sintió dos manos sujetando con suavidad sus hombros volteó, consciente de que era él. Voltear y verificarlo ocurrieron al mismo tiempo, pero el vendaval en el pecho, en el vientre, sobrevino cuando él colocó sus labios apenas a un lado de los de ella; más que cálido era lumbre su aliento. Y el añil en sus ojos; cuánta luz, áurea luz puede haber en el azul. Frank sonreía y en su risa había algo que Eloísa no había visto antes en un muchacho: Ternura es la palabra adecuada para describir lo que había en la sonrisa de Frank. Los habituales de la plaza vieron a dos jóvenes enamorados sentarse en una banca, pero los jóvenes no veían otra cosa que su amor creciendo bajo las ramas desnudas de los almendros a finales de diciembre. El viento del norte gemía. Ella sintió frío y le pidió que entraran a un café cercano. Él propuso que caminaran, que él la abrazaría si el frío arreciaba.

Caminaron por las calles del puerto hablando de los estudiantes muertos en la Plaza de las Tres Culturas, de la Revolución de Mayo, en París; del Ché, muerto en acción hacía un año; de los *hippies* y Vietnam, de la decadencia del imperialismo *yankee*, del mundo y su futuro. Él estaba lleno de fe. Creía que era necesario comprometerse en un internacionalismo proletario que terminaría, de una vez por todas, con la explotación del hombre por el hombre; iría a donde la Revolución lo enviara. Viviría para liberar a los pueblos o morir en el intento, como el Ché.

Le habló de su pueblo, de la esperanza y la alegría de sentirse cubano en esos años; del enorme compromiso que significaba pertenecer a un pueblo que era libre para darse el

destino que quería, un destino socialista, donde todos tendrían derecho a la felicidad y a la dignidad.

Eloísa aprobaba todo cuanto decía Frank. Cuando él le preguntó si desearía ir a Cuba para ver con sus propios ojos lo que los pueblos son capaces de hacer cuando están resueltos a ser libres, Eloísa le dijo que no, que no creía necesario ir a comprobar lo que ya estaba viendo con solo conocerlo a él.

—¿Te irías a vivir a Cuba, Eloísa? —le preguntó, abrazándola.

—No —le dijo ella muy tristemente—. Aquí hay mucho trabajo por hacer.

—Allá también —repuso Frank—; porque mira, chica, las personas como tú son más útiles a la Revolución en el terreno de las ideas que en el combate armado.

Nunca dijo que la amaba, aunque fue el primer hombre que la besó. Tampoco le propuso que fueran novios ni mucho menos casarse. Eloísa prefirió pensar que en Cuba ya no se usaban esos viejos esquemas de propiedad burguesa que destruían al amor en cuanto aparecía.

¿Qué querrán esos tipos?

Clara me enseñó los primeros capítulos de su novela. Es la biografía de una Eloísa que no es la Eloísa que nosotras odiábamos. Ella estudió quién sabe qué en San Antonio y vive en Houston, casada con un ingeniero de la NASA. Cada vez que viene al puerto sale en las páginas de la sección de sociales del periódico local; rubia y elegante, sonriendo discretamente a la cámara mientras charla animadamente con sus amigas en el Casino Tampiqueño. ¿Será una venganza de Clara poner a Eloísa como la protagonista de una vida que ni en sus peores pesadillas imaginó? Porque solo imaginarse viviendo como una *outsider* resultaría una verdadera pesadilla para “la gentil damita de nuestra mejor sociedad” que es Eloísa.

Ojalá no se le ocurra incluirme como otro personaje de su novela. Me horroriza verme reflejada en los ojos de cualquier otra persona. Nadie puede verte como tú realmente eres. Ni siquiera tú.

El personaje Eloísa se parece a Clara, pero viviendo otra vida. ¿De dónde sacan tantas situaciones imaginarias los escritores? No de su propia vida exclusivamente, ni de la vida de los que están a su alrededor. Siempre me ha intrigado el acto de la invención fantástica, por eso estudié Letras. Creo que en vano, porque aún no me queda claro qué pretenden esos tipos, ¿que los quieran?

Como sobre una roca firme

Cuando Pablo la invitó a tomar un café, ella le dijo que no le gustaba el café. “¿Una cerveza?”. Menos, contestó Lourdes, con un gesto de asco. “¿Acaso un refresco, una nieve?”. Tampoco. ¿Quería ir a bailar? “¿Estás loco?”, le espetó. Entonces él le dijo que sí, que se estaba volviendo loco por ella, que, si no aceptaba platicar, solamente platicar un poco: no sabía qué iba a ser de él.

“Dios mío, qué melodrama”, pensó Lourdes. Pero sonrió y le dijo que estaba bien, que saldría con él a caminar y conversar; “que se entere de lo poco que me entusiasma tenerlo como mi noviecito en la provincia”, se dijo.

A las cuatro cuarenta y cinco de la tarde del miércoles 27 de abril de 1980, Lourdes abordó un autobús azul de la ruta Bellavista que la llevaría a la calle Roble, en cuya esquina la estaría esperando Pablo, según lo acordaron.

Eran las cinco de la tarde en punto cuando ella descendió del autobús y no vio a nadie en la esquina de la calle Roble. Respiró aliviada, ya no tendría que soportar la andanada de cursilerías que Pablo le habría asestado con toda seguridad.

Caminó desandando la ruta del autobús dos cuadras y luego dobló hacia la avenida Hidalgo, adentrándose en la colonia de los más ricos de Tampico. Las casas de la colonia Águila

eran hermosas y sus jardines, tan bien cuidados, ya florecían alegremente.

La colonia fue fundada por los extranjeros en tiempos del auge petrolero. Cuando llegó la expropiación, la mayoría vendió sus residencias a los nuevos ricos mexicanos que se mostraban orgullosos de la arquitectura gringa o europea de sus mansiones; pero la colonia había perdido encanto, ahora nunca se veían almuerzos bajo la encandilante sombra de los parasoles de blanquísima seda, los flamboyanes florecían en vano: ya no había niños rubios columpiándose en sus ramas haciendo caer al verdísimo césped una lluvia de anaranjados pétalos bajo la mirada condescendiente de una haya inglesa, belga u holandesa, que también las hubo.

Lourdes había nacido abajo de la Altavista, junto a la laguna del Chairel, a donde se descendía por terrosas bajadas. Lourdes era, literalmente, de la gente de abajo. Los de arriba eran los de la Altavista, del Águila, del Country Club, de la Sierra Morena, las colonias de la clase alta tampiqueña. Desde los amplios ventanales de las residencias se podía ver la hermosísima laguna, pero no los jacales de varas, zacate y lodo, contruidos al pie del barranco por los miserables recién llegados al puerto promisorio.

Mientras caminaba, ella pensó que nunca anheló ser rica, solo quiso ser mejor que todos los ricos de Tampico o de donde fuera. Cuando era una niña jugaba en los zacatales lodosos que bordeaban la laguna del Chairel. Ella y su familia eran los dueños de esa laguna, así lo sentían; de allí sacaban su comida diaria; allí se bañaban y en sus orillas, al atardecer, los niños jugaban y cantaban. Los mayores contaban historias fantásticas, a veces terroríficas, mientras anochecía sobre las aguas mansas. A veces un ahogado interrumpía el relato, pero a ninguno de

los presentes le molestaba la irrupción de un extraño en sus dominios en horas de descanso. Con la jovial hospitalidad de los huastecos lo hacían venir a la orilla. Lo embromaban un poco, pero como al muerto no parecía divertirle nada, uno de los hombres iba por la policía para que llevaran al intruso a perturbar otros reposos. Ni Lourdes ni sus hermanos tenían la costumbre irrespetuosa de inspeccionar al recién sacado de las aguas, la mamá no lo permitía. Decía que, si lo hacían, el ahogado no los olvidaría nunca y aparecería durante el resto de sus vidas en sueños para espantarlos por groseros.

El ciclón del 67 los sacó de ese paraíso. Lo perdieron todo, aunque no tenían mucho que perder, salvo esa vida irreparable para siempre. Entonces iniciaron un éxodo que iba del desamparo a la mezquindad, a la ruindad de las vecindades demasiado cercanas a gente indeseable. Si antes poseían cien metros de terreno a la orilla de un lago, ahora debían conformarse con seis metros de casa y un minúsculo patio de cemento donde se tendía la ropa.

Lourdes nunca vio llorar a su madre tanto como en esa época: se volvió amarga, violenta y ambiciosa. Decía que no volvería “allá abajo” cuando las aguas crecidas de la laguna se retiraran, y que ya no depositaría sus esperanzas en un sueño que se había transformado en un lodazal. Empezaron los días de mal comer y peor vestir, porque la madre ahorrraba lo más que podía para comprar un terreno que nunca se inundara, en donde la familia construiría su casa sobre roca firme como la gente “de arriba”.

Si la vida es muy bonita

La madre de Lourdes, Atanasia, a veces se acuerda de esos días en que llegó al puerto. Su vida había cambiado tanto desde entonces, pero no para mejorar; tampoco empeoró, solo que ahora sabía que el sufrimiento se iba a quedar con ella para siempre. A veces, cuando Lucio, su marido, se iba a trabajar, ella se daba un tiempo para rezar y llorar un poco, diciéndose que su papá no le iba a perdonar jamás que se hubiera ido de Los Halcones con un hombre. Para él ella era una de esas perdidas que se van con el primer pelado que se les atraviesa. Ella ni siquiera quería a Lucio, se había ido con él para escapar de los golpes de su padre, de su triste vida en el rancho cuidando a sus ocho hermanos.

Ni siquiera recuerda cómo era su madre, pues murió cuando ella tenía tres años. Poco tiempo después de eso, el padre se trajo a vivir a la casa a una mujer, y cuando esta lo abandonó dejándole dos hijos, se juntó con otra, luego con otra y así siguió. Todas ellas le iban dejando los hijos que con él habían tenido.

¿Cómo eran esas mujeres? Atanasia no recuerda con precisión sus rostros, solo sus malos modos, sus golpes y sus desprecios. Las tías decían que eran “mujeres de la vida”, ella no sabía qué significaba eso. Se imaginaba que era algo muy feo, pero ¿cómo podía ser feo si la vida —eso decían también

las tías— es muy bonita? Ella pensaba entonces que, en otra parte, la vida sí sería, de verdad, muy bonita.

La tía Mariana, según se acuerda ella, era una mujer hermosa, bailadora de huapango y versera. Alta y muy morena, de gruesas caderas, piernas largas y delgadas, la cintura breve y los senos generosos. Vestida siempre de blanco y el pelo trenzado con un ancho listón rojo rematado a manera de flor al extremo de la trenza. Alegre y malhablada como nadie, siempre se estaba riendo, enseñando un fascinante diente de oro que le había puesto un dentista de Tampico. Estaba casada con Zenobio, un músico trovador muy solicitado, que siempre andaban de fiesta en fiesta con sus siete chamacos alrededor, por todas partes.

Su otra tía, Rogelia, era gorda y sin gracia, pero muy buena persona; ella le enseñó a bordar, a rezar, leer y escribir. Ella y su hombre, Gelasio, no tenían hijos. Vivían a la orilla del río; allí tenían su parcela muy bien cultivada de la que comían y daban de comer a los familiares pobres, como ella y sus hermanos.

Cuando su padre la golpeaba, ella, llorando, deseaba con todo su corazón que su mamá hubiera sido la tía Rogelia, y no esa mujer que se había muerto, abandonándola a su horrible suerte.

Atanasia solo tenía una hermana “entera”, se llamaba Glafira. Ahora ella también vivía en Tampico. Hacía pocos años se había juntado con Evencio, un pescador que, aunque era muy borracho, también era muy alegre y cariñoso.

Cuando Glafira se vino a Tampico tenía dieciocho años. Escapó de Los Halcones luego que el padre la golpeara más fuerte que otras veces porque la había descubierto hablando con un muchacho. El muchacho era peón del rancho de los Williams, los gringos más ricos de Pánuco. Solo estaban platicando, sin malicia, pero el padre no lo quiso creer así; nada más los vio se

bajó de su caballo y diciéndole: “Putita desgraciada, ya saliste como tu hermana; pero yo te voy a arreglar ahorita mismo”, la emprendió contra ella a chicotazos con el fuste que usaba para el caballo. El muchacho salió huyendo. Cuando más tarde el padre regresó al trabajo, Glafira, asustada, fue a refugiarse con la tía Rogelia.

La tía se compadeció y la ocultó cuando su padre fue a buscarla. Al día siguiente, muy temprano, le dio dinero para que viniera a Tampico a buscarla a ella, a Atanasia, su única hermana “entera”.

La tía Rogelia sabía del paradero de Atanasia porque Eulalia, prima segunda de su marido, tenía tres hijos viviendo en Tampico cerca de la casa de Atanasia.

Eran las ocho de la mañana cuando Glafira llegó a la casa de Atanasia.

Desde afuera de la cerca gritó: “Buenos días”. Estaba tan flaca y amarilla, tan golpeada en la cara, que Atanasia no la reconoció; pensó que se trataba de una loca o de una limosnera. Desde la puerta del jacal le gritó: “¿Qué quieres? Dinero no hay, si gustas puedo darte un taco de frijoles, es todo lo que aquí se come”.

Glafira empujó la puerta de tablas que estaba a la entrada del solar y corrió hasta donde se encontraba Atanasia; se echó a sus brazos llorando a gritos, diciéndole: “Hermanita, hermanita, ya ni me reconoces, soy Glafira. Me vine contigo porque ya no quiero vivir con mi papá. Si me quedo allá me va a matar, ya no quiero volver allá. ¡Protégeme, Atanasia!, ¡por nuestra madre muerta te lo pido!”.

Ese día el cielo había amanecido nublado. Cuando Glafira llegó, una pertinaz llovizna blanqueaba las copas de los árboles de mango que cercaban la casa. Mediaba junio y en el suelo se

podrían los mangos. Eusebio y Virgilio, dos de los siete hijos que tenía Atanasia, se habían quedado parados adentro de la casa viendo a la desconocida que lloraba en brazos de su madre. Atanasia entró con Glafira, cuando vio a los niños se limpió las lágrimas con el mandil, sonrió con amargura y les dijo:

—Es su tía Glafira, salúdenla.

Ellos obedecieron y besaron la mano de Glafira, como hacían con sus padrinos, diciéndole: “Santo, tía”.

Previsiblemente, un hombre de mar

Dos días antes de que finalizara diciembre, el Ziguaraya abandonó el muelle porteño. Frank le dijo a Eloísa que partirían alrededor de las diez de la mañana. Ella no le dijo nada, pero decidió que iría a la playa para verlo irse. A las once, el Ziguaraya dejó atrás el malecón para entrar a la mar abierta. Cuando se perdió en la lejanía, Eloísa se dejó caer en la orilla de la playa. No quería llorar, así que se puso a levantar un montículo de arena. Las olas, no sus lágrimas, destruían cada uno de sus intentos; Eloísa terminó irritándose: de un manotazo derribó el pequeño promontorio que había logrado erguir y se incorporó, no lograba sentir rabia. Cuando enfiló hacia la parada de los tranvías, las lágrimas fluyeron de sus ojos. Volteó a ver el mar y le dijo: “Devuélvemelo un día. Regrésalo a mí, no te quedes con él”.

Le dolía saberse una mujer en puerto para un marinero más: “En cada puerto una mujer espera/ los marineros besan y se van”, cantaba Neruda. Ella no lo esperaría, no era ninguna estúpida atrapada en una ilusión de tres centavos. Él la había enamorado y luego debía irse, como cualquier marinero. Aseguró que volvería, como todos los marineros, y no regresó como, previsiblemente, todo hombre de mar.

Nunca fueron al cine, ni hicieron el amor; sí cantaron juntos, caminaron abrazados y se besaron mucho; pero no

bailaron ni comieron juntos ni riñeron ni se prometieron nada ni juraron que nunca... “Fue un amor perfecto para nadie”, pensaba Eloísa. Ella le regaló un libro de poemas de Amado Nervo; él, un habano y una foto pequeñita de su rostro sonriendo en blanco y negro. Los dos tenían dieciocho años, pero él era, de algún modo, más grande que Eloísa, o así lo sentía ella.

Ella nunca volvió a sentirse tan orgullosa de saber que le gustaba a un hombre como cuando Frank se lo decía, abrazándola en la calle. Quería gritar a los transeúntes que los vieran, que ella amaba a ese hombre que la vida le había reservado porque lo merecía. Amar a Frank le prestaba suavidad en la mirada, calidez en la sonrisa. Su andar se había tornado lento y majestuoso; en la calle ya no escondía su mirada a los otros, ahora los veía como si compartieran un secreto maravilloso para ella.

Empezó a pintar sus labios, sus ojos; esparció rubor en sus mejillas. Sustituyó los despintados *shorts* de mezclilla por minifaldas, se dejó crecer las uñas y las pintó de rojo, compró una alianza de plata y decidió que, si Frank volvía, se la daría para que no olvidara que ella lo amaría siempre.

Anduvo y desanduvo la ciudad todas las tardes del año que siguió a la partida de Frank. Él no volvió ni envió una carta ni una postal ni nada. Ella le mandó dos cartas que parecían periódicos. Él ni una nota. Quiso odiarlo, pero ¿cómo?, él no pidió nada, solo le dio su amor y se marchó.

“Así no se vale, Frank”, solía decirle por las noches a un imaginario Frank, sonriéndole y besando el aire que en algún momento futuro lo rozaría, en dondequiera que estuviese. Se sentía cursi, pero ya no le importaba. Amaba a ese hombre y el futuro se llenaba de sentido.

¿Quieres ser mi héroe, o lo que sea?

Buscó a Carlos para decirle que había estado pensando en su antigua posición y que reconocía haberse equivocado; le pidió que formaran un grupo para la “concientización” (odiaba el término, pero ¿había otro mejor?) de los jóvenes. Eso sí, al margen de cualquier partido, porque los chavos abominaban los rígidos esquemas de organización y disciplina de los rucos. Carlos accedió y se reunieron en casa de su primo Alfredo para planificar las acciones del grupo con otros jóvenes del PCM, que estaban a punto de reventar de aburrimiento entre las momias del politburó.

La casa de Alfredo era de madera, pequeña y con un corredor rodeándola. Al frente había un amplio patio cercado por crotos, limonarias y helechos entreverados; seguramente la mamá de Alfredo gustaba de la jardinería, pensó Eloísa. El efecto era muy grato de contemplar. Cuando Alfredo salió a recibirlos, ella lo reconoció, pero ¿de dónde? Carlos los presentó.

—Yo te he visto antes, le dijo él sonriendo y extendiéndole la mano.

—Yo también tengo esa impresión, le contestó Eloísa.

—Pero pasen, no se vayan a derretir en la banquetta —les dijo a ella y a Carlos, que aguardaban la invitación atrás de la pequeña reja verde que servía de puerta.

Eran las cinco de la tarde del 3 de agosto de 1971 cuando Eloísa, Alfredo y Carlos atravesaron el patio por una vereda empedrada y entraron a la sala. En el techo, un abanico de grandes aspas de madera movía el viento ardiente del verano alrededor de dos muchachos que sudaban y sonreían apenados. Alfredo los presentó:

—Ellos son Fili y Héctor. Tú ya los conoces, Carlos, pero tú... ¿Cómo me dijiste que te llamabas? —preguntó a Eloísa.

—Eloísa Santisteban, repuso sonriendo y también sudando.

—Aquí hace un calor de los mil demonios —dijo Alfredo y sacando un paliacate azul del bolsillo trasero de su blanquísimo pantalón, enjugó el sudor de su rostro mientras proponía—: ¿Por qué no nos vamos a otra parte a platicar? No puedo invitarlos a tomar una cerveza porque esta niña no es de cantinas, pero podemos ir a un café.

Carlos dijo que no era necesario, que había que acostumbrarse a todo porque... Alfredo lo interrumpió:

—Ya sé —le dijo—, un revolucionario debe estar preparado para enfrentar y derrotar la brutal agresión del inmisericorde imperialismo *yankee*, y para ello no hay mejor entrenamiento que una estancia en el infierno, representado en este mismo instante por mi casa. ¡Me opongo!

Todos rieron y acordaron irse al Café Alhambra, porque allí “El aire acondicionado nos prestará la sensación de estar en Europa; cerca de Rusia, camaradas”, acotó con sorna Alfredo.

Ya en el café, Eloísa propuso que se reunieran semanalmente para definir un plan de acción que no se limitara a embarrar paredes con palabras cuya escritura revelaba que sus autores estaban en contra de todo, hasta de la ortografía.

El Fili —quien supuso que la crítica de Eloísa estaba dirigida a él, pues era el autor de la “pinta” más reciente—, se defendió:

—Si puse “llankis go jom”, es porque así oí que decía Alfredo... ¡Y así lo oye toda la gente que no habla inglés! Un trabajador escribe como oye. Y yo soy un trabajador, ¿no es cierto, Héctor?

Héctor no dijo nada pues estaba viendo hacia otra mesa, donde una muchacha muy guapa le sonreía.

—Pues con tan graves limitaciones, como son tu ignorancia y tu arrogancia, ¿cómo crees que vas a ser capaz de llevar a las masas irredentas a su liberación? —le dijo Eloísa, riéndose tanto de la ingenuidad del Fili como de las muy cuestionables preocupaciones políticas de Héctor.

—Para eso están los líderes; yo jamás he dicho que quiero ser dirigente —refutó el Fili con mucha dignidad.

Eloísa miró a Carlos y luego a Alfredo, y les preguntó:

—¿Me pueden decir quiénes y a qué hora eligieron nuestros líderes? Porque yo no vine aquí en calidad de rebaño —y agregó—: Sé que los líderes siempre han echado a perder las cosas; creo que su capacidad de comprensión se va debilitando en la misma proporción en que su poder va aumentando. Hay un elemento narcisista en el político que, si es sumamente peligroso para sus seguidores, lo es aún más para sus detractores —y abundó—: El narcisismo, por ejemplo, no es malo para los artistas, en ellos es excusable y hasta deseable...

—¿Por qué en el artista sí y en el político no?, ¿eh? —quiso saber Carlos.

Héctor dijo: “Compermiso”, y se fue a sentar con la muchacha a la que, según dijo más tarde, había ido a “adoctrinar”.

Estuvieron discutiendo cerca de tres horas y doce cafés, hasta que Alfredo dijo: “Ya me aburrieron tantas babosadas. Yo

creí que iba a haber acción. Y como veo que no es así, me voy a tomar unas chelas. También me van a dar sueño, pero no me voy a aburrir mientras las bebo, eso júrenlo”.

—¡Híjole, qué tipo! —le dijo Eloísa a Carlos.

—Es un genio —lo defendió Carlos—; nada más que es como Luthor: Usa su inteligencia solo para el mal.

Eloísa levantó la ceja izquierda —igual que su madre— y sonriendo, sin dejar de verlo, le dijo: “Es tu héroe, ¿verdad?”.

Esa no soy yo, ¿quién se cree que es?

Cuando Lourdes entró al café Alhambra, vio a Clara sentada ante una mesa al fondo. Estaba escribiendo y su cabello lacio, negro y suelto rozaba la mesa. Clara era muy miope, pero se negaba a usar lentes, de modo que debía inclinarse hasta casi morder la página en que escribía. “Si lo deseara, podría escribir sujetando el lápiz con los dientes; eso le daría cierta fama extra”, pensó Lourdes mientras llegaba hasta donde Clara. La saludó:

—¿En qué capítulo vas?, ¿ya mero la acabas? —le dijo, al tiempo que besaba su mejilla.

—No interrumpas —le dijo Clara secamente, y muy seria, agregó—: Mira, siéntate en esa mesa —señalándole una cercana— mientras acabo esto. No tardo.

Lourdes obedeció y pidió un expreso doble. Las meseras del Alhambra tenían una pésima, aunque bien ganada, fama; preguntaban, casi ordenando: “¿Qué le sirvo?”. A Lourdes le hacía gracia que fueran tan majaderas. Si uno las llamaba, acudían molestas rezongando entre ellas: “No sé qué prisa tienen, si luego se quedan hasta dos horas con un solo café”.

A ella no le gustaba “ir al café”; iba porque Clara la citaba allí. Creía que la gente que iba a los cafés debía llevar una vida muy desdichada en su casa, solo así se explicaba que la mayoría pasara tanto tiempo, diariamente, en ese ambiente impersonal.

“A lo mejor no son tan desdichados”, concedió mientras veía a seis ancianos charlando animadamente en una de las mesas vecinas. “Tal vez solo se aburren de sus esposas, hijos, nietos y demás familiares...”.

A la izquierda de su mesa estaba sentada una mujer: “Se está acercando peligrosamente a la vejez”, observó Lourdes. “Peligrosamente” era la palabra adecuada, ya que la dama — morena, pelo teñido de rubio, cara aún bonita, pero piernas muy delgadas— llevaba una falda negra, excesivamente corta y ajustada; la blusa amarilla de muy revelador escote hacía saber a los interesados que ella no usaba *brassiere*. Lourdes advirtió que la mujer estaba sonriéndole a un hombre sentado tres mesas delante de ella. Era blanco y estaba gordo, calvo, iba vestido como un anuncio de Marlboro. Debía frisar los sesenta y lucía, sin eufemismos, perverso. El Rolex de oro en la muñeca izquierda permitía asumir que el sujeto podía pagarse algunos lujos. “Quién sabe si este marrano con botas puede considerar a esa mujer un lujo. Probablemente sí; es de tan mal gusto un Rolex en este café. ¡Ay, por eso no me gusta venir a los cafés! —se dijo Lourdes —, nomás viene uno a ver a la miseria humana haciendo jugosos tratos”. Estaba divirtiéndose.

Clara la sacó de su recién adquirido gusto por la maledicencia mental en los cafés:

—Ya vente a sentar acá —le ordenó—, ya terminé este capítulo y te lo quiero enseñar, a ver qué te parece.

Lourdes tomó asiento junto a Clara, quien le extendió dos cuartillas escritas con minúsculos caracteres. Sacó sus anteojos, los limpió cuidadosamente ante la mirada exasperada de Clara... y se fue de boca apenas iniciada la lectura.

—Ese podría ser el capítulo inicial —le dijo Clara—. No será necesariamente autobiográfico, quiero que lo entiendas. Es

solo que debo partir de algo real porque, francamente, yo no tengo mucha imaginación. Además... bueno, tú léela.

Lourdes no la oyó. Estaba leyendo el primer capítulo de la novela de Clara y se estaba enterando de que ella era uno de los personajes, ¡y con su nombre verdadero! Realmente estaba molesta. No, no era molestia; más bien sintió vergüenza, como si estuviera leyendo una carta que no estaba dirigida a ella. Poco a poco le fue ganando el asombro: “Qué descaro el de Clara. ¿Cómo puede decir esto de mí? ¡Y enseñármelo para que lo apruebe! ¡Conque así me ve, eh!” se dijo varias veces mientras avanzaba en la lectura.

La odió. Odió a todos los escritores; a los que veneraba, a los que detestaba. A todos. ¡Cómo pueden adueñarse de las vidas de los otros y mentir acerca de ellos! ¡Cómo! Sí, mentir; porque ella no era ese insulso y mezquino personaje que Clara le adjudicaba. Ella... ella era una mujer muy superior a la misma Clara, que había huido con un hombre utilizándolo para escapar de su infame vida. Ella al menos no había utilizado a un hombre para hacerse una vida independiente, libre y... desolada. Cuando se dijo esa palabra, mientras hacía como si aún estuviese leyendo, Lourdes sintió que su garganta era atezada por una garra blanda y ardiente, sus ojos no resistieron el empuje del dolor que ascendía desde su pecho y volteó a ver a Clara; sus grandes ojos cafés estaban brillantes.

—Cambia mi nombre —le dijo, y solo agregó—: está muy bien escrito.

Clara le puso una mano sobre el hombro y sonriéndole con tristeza, inquirió:

—Te enojaste, ¿verdad? —y sobándole la espalda— No tienes razón. No eres tú. Yo no te veo así; tú sabes cómo funciona

la ficción, así que no tengo que explicártelo detenidamente ni mucho menos pedirte disculpas... creo.

—Tampoco Eloísa es como la caracterizas —se halló diciendo Lourdes—, pero es un personaje mucho más atractivo que el que lleva mi nombre y, lo que es peor... también mucho de lo que sí soy. Y yo tanto que me estaba divirtiendo antes de leer tu dichoso primer capítulo.

Si no lo entiendes es porque es muy bueno

Atravesó la calle. No quería que él la viera, no quería volver a hablar con él. Al mismo tiempo Alfredo cruzó también la calle, como si estuviera eludiéndola a su vez. Se tuvieron que saludar.

—Te cruzaste para que no te hablara, ¿verdad? —le dijo Alfredo, riéndose burlonamente.

—No, ¡cómo crees! —le contestó Eloísa— Lo que pasa es que tengo un detector de indeseables que, hasta hace media hora, funcionaba maravillosamente bien —y poniendo una cara contrariada, agregó—: Se debe haber accionado accidentalmente.

—Bueno, pues ve a que te lo reparen a donde lo compraste, niña estúpida —dijo Alfredo furioso dejándola parada en la banqueta. Ella se quedó riendo.

Cuando Carlos la llamó por teléfono al día siguiente, Eloísa le dijo que no quería saber nada de sus amigos, primos y demás seudorrevolucionarios que conociera; que si ella se iba a comprometer a una acción política —se lo dijo en un tono muy disgustado— no sería con “galancetes de quinto patio o borrachos cínicos que prefieren irse a tomar cerveza que detenerse a discutir lo que hay que hacer... porque eso ¡les aburre!”.

Carlos le dijo que no fuera tan intransigente, que la lucha demandaba paciencia y, sobre todo, tolerancia; que su primo

era un pequeñoburgués, como ella, pero que era indispensable porque era un “cerebrito” y, además, “muy creativo”.

—Es escritor —le confesó Carlos, como si estuviera revelándole una información que solo debían conocer unos cuantos privilegiados.

—¡Faltaba más! Y, ¿qué escribe? —preguntó Eloísa con fastidio.

—Poesía —le dijo Carlos en un susurro.

Eloísa no pudo más que escandalizarse. Ella que siempre visualizó a los poetas como seres lánguidos: Los ojos grandes, hundidos en ese abismo donde solo el imposible habita; la sonrisa llena de amarga dulcedad, los movimientos de su cuerpo más próximos al desmayo que los de una mujer encorsetada en el siglo diecinueve. ¡Poeta el Alfredo ese! ¡Ja!

Se estaba riendo al teléfono, Carlos la recriminó:

—No te burles, es muy bueno. Yo no entiendo su poesía porque es muy moderna, pero tengo como máxima que, en cuestiones de arte, si no entiendo es porque debe ser muy bueno; así es todo el arte contemporáneo, ¿o no?

—Habría que ver —le contestó Eloísa, aún riéndose.

—Mira —le informó Carlos—, nos vamos a reunir en el café a las seis. ¡Ve, no seas mala!, ¡ándale!

—Okey, allá nos vemos —aceptó ella, más por curiosidad que por otra cosa.

Viviendo con “los cuates”

Lourdes ya no volvió a irse en tren a México. No quería encontrarse con Pablo. Pensó que deshacerse de él tan fácilmente había sido una suerte, pero también una desgracia porque en verdad amaba viajar en tren. Ahora se iba en el autobús de noche, temprano, y en cuanto se acomodaba en el asiento se dormía; solo despertaba hasta que la luz del día entraba por la ventanilla, un poco antes de llegar a la capital. Añoraba el delicioso paisaje cambiante, pero solo de imaginar la vergüenza que le daría verse aceptando ante Pablo —ese imbécil— que ella sí fue a la cita y que él la dejó plantada, le hacía intolerable acercarse siquiera a la vieja estación ferroviaria.

Fue Pablo quien la encontró en México... ¡En los patios de la Facultad de Filosofía y Letras! Se había inscrito en Letras Hispánicas, trabajaba en una editorial corrigiendo galeras y vivía “con unos cuates” cerca de la estación del metro Viaducto.

“Perra suerte”, se dijo, ahora tendría que soportar su amistad, esa amistad forzada que suele darse entre paisanos que se hallan lejos del terruño: “Qué horror. ¡Destino funesto, maldito seas!”, se dijo Lourdes, burlándose de su mala suerte.

Fueron a tomarse un café cerca de Ciudad Universitaria, Pablo la invitó. Ella accedió por curiosidad. Quería saber qué había pasado con Pablo la tarde en que no acudió a la cita en

la calle Roble. Pablo ni mencionó el incidente. En el fondo ella se sintió aliviada, pero le molestó la falta de delicadeza de “ese infeliz que se iba a volver loco si yo no aceptaba, al menos, hablar un poco con él. Mugre farsante”, pensaba.

Lourdes terminaría optando por creer que la grosera omisión de una disculpa por parte de Pablo se debía a su pasado pueblerino. Tal vez Pablo había preferido adoptar el aire grotescamente mundano de los provincianos recién llegados a la *Oh, Gran Ciudad*. Ella misma se había sorprendido actuando así en algunas ocasiones, sobre todo cuando no estaba segura de ser aceptada por algunas gentes a las que ella consideraba muy por encima de su nivel, ya fuese económico o intelectual. Tal vez —y solo tal vez— Pablo no quería apenarla. Después lo sabría, pero cuando eso ocurrió, a ella ya no le importaba en lo absoluto.

—¿Cómo te animaste a venirte para acá? —le había preguntado en ese su primer encuentro.

Pablo le dijo que ella había sido “un gran ejemplo, una inspiración” para él; y que, luego de conocerla, se estuvo diciendo a sí mismo que si una mujer podía irse a estudiar lejos, él también podía.

—¡Ah!, exclamó Lourdes como única respuesta.

—No te burles de mí —le suplicó—. No sabes lo duro que me está resultando estar lejos de mi mamá y de mi hermano David. Es muy pequeño y está muy apegado a mí. Lo extraño mucho.

Los ojos de Pablo se humedecieron y Lourdes, apenada, le tranquilizó:

—Discúlpame, no era mi intención herirte, solo que tú comprenderás que está muuuy pesada la responsabilidad que

me echas encima, al decirme que yo te “inspiré” la idea de abandonar a tu familia...

—No, no, no —se apresuró a corregirle Pablo—, no te estoy echando la culpa; al contrario, te lo agradezco mucho. A veces hay encuentros que cambian toda la vida, y a mí me pasó eso contigo. De veras.

Lourdes no pudo seguir mirándolo porque Pablo parecía estar a punto de echarse a llorar a la menor provocación; para no reírse, decidió voltear hacia la pared a su derecha, donde había una litografía con una indita cargando un haz de lirios. Así se quedó un momento. Se sentía ridícula. Jaló aire y volteó a ver a Pablo para decirle:

—Discúlpame, Pablo, pero ya tengo que irme, debo ir a consultar algunos autores en la biblioteca.

Pablo le preguntó si la acompañaba, pero ella no aceptó y lo dejó en el café.

Algunos años más tarde, cuando Pablo ya había salido de su vida, Lourdes volvió al café y, mientras bebía un espeso chocolate al agua, recordó la escena de esa tarde. Tampoco entonces pudo reírse; sin embargo, no sintió nostalgia, es más, ni siquiera pudo acordarse de cómo era Pablo en ese tiempo. No parecía el mismo baboso de la estación ferroviaria, pero tampoco parecía ser otra persona. Era como el boceto de un pintor sin talento y no muy hábil en el oficio aún.

A los seis meses de haber llegado, Pablo perdió su trabajo en la editorial; ella le propuso: “¿Por qué no te vienes a vivir a la casa de mi hermana?, hay un cuarto de sirvientes que nunca se ha ocupado como tal”. Pablo aceptó y tan pronto como encontró trabajo, empezó a pagar regularmente un modesto alquiler y a dar algún dinero extra por las comidas que de tanto en tanto hacía con ellas.

Cuando Lourdes terminó la licenciatura consiguió clases en una universidad privada. Una tarde platicando con Pablo, le dijo que ya estaba lista para tener su propio departamento. Pablo, quien ahora vivía en La Condesa pues había abandonado la licenciatura en Letras por una carrera fulgurante en la burocracia de la Secretaría de Educación, le pidió que vivieran juntos; ella accedió. No lo amaba, pero se sentía bien, segura con él y la idea de vivir sola la intimidaba un poco.

Vivieron juntos casi seis años. Casi sin acostarse, casi sin pelearse, casi sin verse y a ella no le incomodaba ni a Pablo. Se separaron cuando él se enamoró de otra mujer, una exiliada argentina que parecía la versión gauchesca de Tongolele.

Lourdes no podía creerlo, estaba contentísima con la separación; no se sintió traicionada ni humillada ni nada. Sentía como si al fin se hubiera liberado de una responsabilidad. Se mudó a un edificio de departamentos viejísimo y hermoso en la colonia Roma. Ahora tenía toda su casa para ella sola; podía andar desnuda o vestida sin sentirse incómoda, barrer, trapear y sacudir cuando le pareciera conveniente, cocinar o no hacerlo sin sentirse culpable. Podía dormirse a la hora que le viniera en gana, oír música con el volumen tan alto como quisiera sin tener que preguntarle a nadie: “No te molesta que esté tan alto, ¿verdad?”. En fin, estaba feliz con su nueva vida.

Por el bien de la causa

Eloísa llegó al Alhambra como acostumbraba, puntualmente. Solo había llegado Alfredo, quien al verla se puso de pie, extrañamente solícito y, tras un apretón de manos, inclinándose, le jaló la silla para que se sentara. Eloísa le pidió que no volviera a hacer eso pues le parecía grotesco, que ella era una mujer sana y podía cargar, sin esfuerzo alguno, una simple silla.

—¡Qué azotada eres! —le respondió Alfredo y agregó—: Yo solo intentaba ser amable, cosa que me cuesta mucho... ¡y más, mucho más contigo! Ya me di cuenta de que tienes un humor de la chingada.

—Pues, tú no te viste mejor el otro día, cuando me dejaste parada en la banqueta —le recordó Eloísa.

—¡Tregua, pido tregua! —le dijo Alfredo—: Aquí venimos a ver qué hacemos para salvar a este país de mierda, no a echarnos en cara lo ojete que podemos ser si se nos provoca, ¿de acuerdo?

Eloísa sonrió y le ofreció la mano izquierda, aceptando de ese modo el pacto de no agresión propuesto por él.

—De acuerdo, dijo.

Fili y Carlos llegaban en ese momento, este último expresó su beneplácito por las muestras de camaradería que estaba observando entre Eloísa y Alfredo.

—Qué bueno que ya se están entendiendo —dijo.

—Oye, no nos trates como tarados; no se trata de que no podamos entendernos, sino de que logremos soportarnos —se defendió Eloísa.

—Todo sea por el bien de la causa —se justificó Alfredo, encogiéndose de hombros y sonriendo con falsa resignación.

—Bueno, como quiera que sea, me parece correcto —aceptó Carlos y prosiguió—: Les pedí que vinieran porque dentro de una hora habrá una reunión para integrar el Comité pro-Libertad de los Presos Políticos de México, y creo que sería muy conveniente participar en él.

—¿Quién lo organiza? —quiso saber Eloísa.

—Diversas organizaciones de izquierda —le informó Carlos.

—Esto es: El PCM —interpretó Alfredo.

—Desde luego que también participan algunos camaradas —concedió Fili.

—Pero ellos no lo van a dirigir —atemperó Carlos—; ellos solo están convocando a los obreros, estudiantes, profesionistas, amas de casa, etcétera; a organizarse para la defensa de los presos políticos.

—No digas pendejadas, Carlos —lo paró Alfredo—, ¿con quién crees que estás hablando? Si los rucos convocan, es que ellos están organizando: ¡y van a dirigir el comité! Yo no le entro —concluyó.

—Ni yo —secundó Eloísa.

—Por lo visto ustedes dos se están entendiendo mejor de lo que creí, ¿eh? —observó el Fili con una sonrisa maliciosa.

—¡Chinga a tu madre! —le espetó Eloísa con rabia.

—¡Órale! ¿Qué?, ¿ya nos llevamos así? —le respondió el Fili sorprendido.

—Tú empezaste a faltarle al respeto —la defendió Alfredo—, Eloísa solo te está correspondiendo. Y faltó yo...

—¡No, ya párale...! —se apresuró a decir el Fili—. Pido mil perdones por mi errónea interpretación de su mutuo entendimiento.

—¡Moción de orden, compañeros! —ordenó Carlos, muy serio, y los otros tres se tiraron la carcajada:

—¡Mira al camarada martillo! —dijo Alfredo, aún riéndose— Todavía no tiene “hueso” en el partido y ya nos está dando órdenes. Si seguimos así, en menos de una semana estaremos en Siberia.

—Esta no es una reunión de club social, compañeros, por favor: Pido seriedad —rogó Carlos, consternado.

—Pues... las células de la Juventud Comunista se llaman clubes, ¿o no? —preguntó muy socarronamente el Fili.

—Sí —admitió Carlos, y aclaró—: Solo que no fueron diseñados para chacotear ni mucho menos para insultarse.

—Pues muy mal hecho —sentenció Alfredo, y teorizó—: Esa es la causa del fracaso de dichos clubes. Deberían aprovechar el nombre que tienen algunos... Yo recuerdo que hay uno que se llama Luis Augusto Prestes, muy propicio para... aligerar la pesada carga que debe soportar todo revolucionario...

Carlos denegó con la cabeza. Sonrió a su pesar y con tono resignado, dijo:

—Si ya decidieron que no van a participar, pues no participen; pero se pierden la oportunidad de dirigir este comité que, por acuerdo del partido, debe ser una organización de simpatizantes o simples ciudadanos preocupados por la situación del país.

—¿No van a dirigirnos ellos? —receló Eloísa.

—No —aseguró Carlos—. El partido necesita crecer, abrirse a la sociedad mexicana; ya no puede pretender que es la vanguardia de una sociedad que, en el mejor de los casos, le teme...

—Y en el peor, le desprecia —agregó Alfredo.

—Por triste que nos parezca, así es —finalizó Carlos.

Y fueron a la junta, y se hizo un comité

Y embarraron algunas paredes con pintura roja

Y pegaron calcomanías exigiendo la libertad de los presos políticos

Y algunos cayeron en manos de la policía y estuvieron encarcelados unas horas

Y siguieron embarrando las paredes con pintura roja

Y repartiendo volantes

Y reuniéndose por las noches

Planeando acciones urgentes para cambiar el mundo

Transformar la vida

Abolir la desdicha

Y todo parecía posible Y Eloísa se casó con Alfredo a los dos meses de conocerse Y fueron felices otros dos Y luego empezó el distanciamiento Y tuvieron dos hijos Y a los veinte años de casados decidieron divorciarse Y ayer Eloísa encontró a Josefina, que se había casado con Carlos Y apenas la vio, la Jose se echó a llorar Y abrazando a Eloísa, le dijo:

—¡Ay, Eloísa, soy muy desdichada!

Quedó peor que muerto

Lourdes ya no quería ver a Clara, por eso dejó de contestar el teléfono. Si quería saber cómo estaba la familia, era ella quien hablaba a casa de su hermana Marisela, quien vivía cerca de su madre: “Todos estamos bien”, era la respuesta invariable de la hermana, quien, seguidamente, la reprendía por sus largas ausencias. “Mi mamá pregunta mucho por ti; ven a verla... aunque sea una vez al mes”.

Entonces Lourdes mentía: “He tenido mucho trabajo”. Luego de prometer que iría en cuanto pudiera, colgaba.

Había vuelto a Tampico cuando mataron a su hermano mayor. La familia estaba devastada; el criminal había huido y el padre y los hermanos de Lourdes, armados, montaban guardia todas las noches frente a la casa del homicida, esperando el momento en que, necesariamente, habría de regresar. Cuando volvían a casa, casi siempre al amanecer, la madre les pedía llorando que dejaran todo en manos de Dios, que era una tontería intentar lo que ellos se proponían hacer, que el único resultado posible sería una mayor desgracia para la familia ya que, si mataban “al hombre ese”, irían a la cárcel; pero también podía ocurrir que uno de ellos, o varios, salieran heridos o muertos, pues el asesino sí sabía manejar armas y ellos no.

Lourdes los acompañó una noche.

Aún le estremece recordar el silencio en que pasaron toda la noche ella, su padre y dos de sus hermanos.

Solo al final de la infructuosa jornada, el padre dijo:

—¡Vámonos a la chingada! Este hijo de su recontraputa madre ya no vino.

Así pasaron varios meses, hasta que una mañana el homicida se presentó ante el agente del Ministerio Público Penal con un abogado alegando legítima defensa. Le dieron libertad condicional y volvió a desaparecer.

Años después, el periódico local publicó una noticia: “Humilde alijador sufrió terrible accidente”. Un contenedor le había golpeado fuertemente la espalda, fracturándole la espina dorsal. El hombre quedaría “paralítico de por vida”, según informaba el matutino. Ese hombre era el homicida de su hermano.

La familia de Lourdes celebró el acontecimiento. La madre fue a dar gracias a Dios a la iglesia de María Auxiliadora, y por la noche, toda la familia se reunió, como en las navidades antes de la tragedia, a beber un trago y bailar. ¡Dios era justo! El castigo que dio al criminal era peor que la cárcel, ¡y que la misma muerte!

Lourdes no participó en la celebración, se quedó en su departamento oyendo música y bebiendo cerveza, como acostumbraba en las ardientes noches de verano en el puerto. Lo único que le concedió a la familia y al homicida esa noche, antes de dormirse, fue un comentario en voz alta: “¡Pobres diablos todos!”.

Challenger la vie

Cuando Eloísa se encontró con la Jose en la calle fue como si estuviera viendo un muro a punto de desmoronarse.

La abrazó mientras Josefina lloraba y, ofreciéndole un Kleenex, la invitó a su casa que estaba a media cuadra de allí. Habían dejado de verse hacía más de diez años, mucho antes que Eloísa abandonara toda clase de militancia política para dedicarse al negocio que su padre le había montado, luego de su separación de Alfredo.

Aunque nunca habían sido muy amigas, Eloísa sabía de ellos porque Carlos estaba a cargo de la Dirección de Obras Públicas del municipio de Altamira, una ciudad vecina de Tampico. Continuamente aparecía en las páginas de los diarios locales inaugurando obras; en algunas ocasiones Josefina aparecía a su lado.

Eloísa creyó que era su deber escuchar a la Jose. Parecía necesitar tanto hablar con alguien, ella no se sintió capaz de dejarla así sola, a mitad de la banqueta sorbiéndose los mocos.

Ya en la casa, tras ofrecerle una taza de té, supo que Carlos había abandonado a Josefina.

—Pero ¿por qué, Jose? —fue lo único que se le ocurrió preguntar.

—Pues porque es un hijo de la chingada —le respondió la Jose, abriendo mucho sus hermosos ojos negros, de donde brotó de nueva cuenta un raudal de lágrimas.

—Bueno, eso es obvio, pero debe haber otra causa más... algo que explique... no sé —le dijo Eloísa, y con aire contrariado—: tal vez ustedes ya no se llevaban bien... Cuando eso ocurre siempre es mejor separarse antes de que las cosas se deterioren más —añadió aguadamente, pues no hallaba qué decir.

—Ojalá hubiera sido eso, Eloísa, pero no fue así —le confió Josefina, quien tomando una servilleta de la mesa cercana y, sonándose ruidosamente, le confesó—: Yo lo quiero mucho todavía —y ya más calmada—, pero él ya no me quiere... Desde que conoció a esa mujer es otro, está como loco. Ella me lo cambió todito. Lo desconozco, ya no es el mismo Carlos que fue mi compañero de tantos años.

—¡Cómo! ¿Anda con otra? Ay, Dios, por qué tuvo que ocurrirles esto ahora que ustedes dos estaban tan bien; ahora que Carlos, al fin, tenía un buen empleo.

—Pues yo creo que fue por eso, Eloísa —le reveló Josefina.

—¡Cómo! ¿Tú crees que...?

Eloísa no terminó la frase porque Jose se había parado otra vez y caminaba de un lado a otro como si estuviera reflexionando; era muy alta y su cuerpo aún conservaba agradables proporciones, el pelo negro lo llevaba suelto y le caía sobre la espalda como una pesada manta de terciopelo. Eloísa no podía creer que Carlos se hubiera enamorado de otra mujer siendo la suya tan hermosa. Josefina la sacó de sus observaciones haciéndole saber las suyas:

—Sí, estoy segura de que eso fue —le dijo la Jose con amargura—. Mira, mientras Carlos trabajó para el Partido, y tú sabes que eso ocurrió durante muchos años, sin sueldo la

mayoría de las veces, yo mantuve la casa y nadie puede decir que yo me enojara porque las cosas fueran así; al contrario, me sentía orgullosa de ser su esposa, pues esa era mi manera de contribuir a la causa: Ayudar a mi marido para que él fuera un buen dirigente.

—Pues, perdóname que te lo diga, Jose, pero ¡qué pendeja te viste! —le informó Eloísa.

—Ay, no me digas así, Eloísa —le suplicó Josefina casi llorando.

—Discúlpame, Jose, discúlpame, pero ya sabes cómo soy de cabrona, ¿eh? —le dijo Eloísa abrazándola, y preguntando—: ¿Y qué vas a hacer?

—Ya nos estamos divorciando —le contestó la Jose, y se echó a llorar convulsivamente.

“Así que para eso quería que el Partido llegara al poder: Para agarrar una chamba y desde allí cambiar, no la vida, ¡sino la vieja!”, pensó Eloísa mientras se levantaba e iba por el tequila y dos copas a la cocina. Ya de regreso con ellas sirviéndolas, le dijo a Jose:

—Tómate un trago para que se te desanude el corazón; no vayas a caer muerta aquí, en medio de mi *living* —bromeó, sonriendo para retirarle el llanto a la Jose. No lo consiguió, la Jose seguía llorando quedo, pero persistentemente.

—Ay, Jose, ya cállate por favor —le rogó Eloísa, haciendo como que se jalaba los cabellos—; nada remedias con llorar. Lo que tienes que hacer es mentarle la madre al dolor cada vez que aparezca y apreciar que, por primera vez en tu vida, eres libre. Sí, Jose... ¡Libre!

—Pero es que yo nunca quise ser libre, Eloísa... —le confesó una Jose desolada—, yo lo único que quise fue vivir siempre con mi marido.

—Pues sí, pero: ¡Él-ya-no! —le dijo Eloísa remarcándole las tres últimas sílabas y, para consolarla, añadió—: Lo bueno es que no han tenido hijos.

—A lo mejor eso fue lo que nos hizo falta —concluyó con resignación Josefina.

—Pues fíjate que ahora les sobrarían. ¡Y mira que yo sé de lo que hablo...! Imagínate cargando la responsabilidad de uno o varios hijos tú sola, porque no creo que Carlos, fascinado como ha de estar con la vieja esa con la que anda, querría quedarse con tus hijos...

—Ella no está vieja, Eloí, ha de andar por los veinte —le hizo saber la Jose.

—¡Újule! Ahora resulta que es cierto eso de que los hombres, al sentirse viejos, quieren agarrar juventud aunque sea por contagio, como dice el baboso ese de Jaime Sabines.

—Así parece, nada más que en mi caso, creo que él buscó el contagio por la vía genital —repuso Josefina, repentinamente ingeniosa. Eloísa se alegró, porque eso suponía que estaba más animada y agregó sonriendo:

—Así es... Pinches güeyes... pues ya ves al cabrón de Alfredo: Durante todo el tiempo que estuvimos casados siempre anduvo con otras rucas, pero el día en que yo me conseguí un amante, por poco se suicida. ¿Sí sabes que vive con una muchachita de dieciocho años?, ¿verdad? —le preguntó Eloísa.

—¡No...! —exclamó Josefina.

—¡Sí! —confirmó Eloísa riéndose mientras agregaba—: Y yo soy más feliz que ellos, ¡No sabes cuán agradecida estoy con la pendeja esa que me liberó de él! ¡Eso te lo puedo jurar sobre nuestra mismísima acta de matrimonio!

—Pero primero sufriste mucho por eso, no me digas que no —observó Josefina, como abrigándose en el resentimiento para rescatar un poco de dignidad.

—Pues sí —la tranquilizó Eloísa, pero remató—: Sin embargo, lo que quiero dejarte bien claro es que tú eres quien va a salir ganando con esta “dolorosa pérdida”, Jose. Yo sé lo que te digo.

—Pero ¿Cómo le hiciste para que no te doliera tanto, Eloí? —le urgió la Jose.

—Ya ni me acuerdo... Con eso confirmo lo que antes dije —puntualizó Eloísa añadiendo—: Porque, mira, por muy fuerte e insoportable que te parezca lo que ahora estás pasando, no olvides que el sabio padre tiempo —que es eterno— está de tu parte.

—Pues ese consuelo sí que está muy jodido —le hizo saber la Jose casi llorando.

—¡Ay, no, ya no, Jose! Por favor, ya no hagas mocudramas. No se vale que una mujer tan valiente y generosa... aunque bastante pendeja, por cierto, se esté autoflagelando por un hijueputa que la traicionó...

—¡Eso es lo que más me duele, Eloísa...! —gritó Josefina—, que este hijo de la chingada me haya fallado... A mí que le di todas mis esperanzas, todo el amor que soy capaz de albergar por un hombre —y abundó—: porque yo nunca le fui infiel... ¡ni con el pensamiento!

Estuvo a punto de decirle que se dejara de lugares comunes tan choteados, pero comprendió que era mejor callarse y dejar que la Jose chillara todo lo que quisiera porque era lo único que podía hacer ahora, en la sala de una casa ajena: La de alguien a quienes ellos, los del Partido —Jose incluida—, consideraban “una pequeñoburguesa con algunos pecadillos de juventud”;

alguien que nunca fue, ni era ahora, la mejor amiga de ella. Lo que menos necesitaba la Jose ahorita era que alguien la hiciera sentirse más avergonzada de lo que ya se sentía.

**LAMENTAMOS —AUNQUE NO MUCHO—
INTERRUMPIR ESTA NOVELA PARA
HACER SABER EL SIGUIENTE REPORTE
INFORMATIVO:**

Ayer, 1 de enero de 1994, en la madrugada, en San Cristóbal de las Casas —una ciudad del sureño estado de Chiapas— hizo su aparición el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Al parecer se trata de un grupo guerrillero conformado por indígenas de Los Altos de Chiapas. Provistos de pasamontañas, los guerrilleros aseguran haberse lanzado a la lucha armada para reivindicar los derechos de los pueblos indios, negados durante más de cinco siglos en México.

En el enfrentamiento que el EZLN y el Ejército mexicano tuvieron ayer —al parecer, en más de cuatro poblados— hubo decenas de muertos, muchos de ellos indígenas, en cuyas nu-cas se podía observar que les habían dado el “tiro de gracia”. También se reportan algunas bajas militares.

La aparición del EZLN tomó por sorpresa a los mexicanos, cuando se disponían a acatar los acuerdos del Tratado de Libre Comercio firmado por el Gobierno mexicano y los Gobiernos de USA y Canadá. El EZLN se opone a dicho tratado, pues asegura que significaría la entrega de la soberanía nacional y, con ello, la esclavitud eterna, impuesta por el capital financiero internacional, según el portavoz del EZLN, el subcomandante Marcos, quien leyó un comunicado a la prensa dirigido: “al pueblo de México, al supremo Gobierno, a la prensa nacional y extranjera y a los pueblos del mundo”, que es una “Primera Declaración de la Selva Lacandona”, en la que declara

la guerra al Gobierno mexicano para que oiga y obedezca lo que están demandando “los más pobres de los pobres: los indios de México”. El subcomandante Marcos parece ser el líder del EZLN y según algunos testigos, no es indígena. La existencia del EZLN era desconocida hasta ayer, por el propio Gobierno, según han declarado algunas fuentes oficiales.

—*The dream is over.*
—*Excuse me... what did you say???*

Lourdes vio en la televisión el amontonamiento de cadáveres en la calle. Algunos ya no traían el pasamontañas, Los soldados se los habían quitado para identificarlos. El locutor del noticiero televisivo hizo un comentario racista: “Va a estar difícil que los identifiquen: ¡Todos los indios son igualitos!”. Riéndose aún, el locutor agregó: “Déjeme decirle a usted, querido televidente, que a estos indios los ha de haber engañado algún blanco, ya que muchos de ellos traían carabinas de madera: ¡Auténticas carabinas de Ambrosio!, que ya sabemos para lo que sirven, ja, ja, ja”.

Lourdes apagó el televisor, no soportaba a los fascirracistas de ese canal al servicio del Gobierno. Sintió dolor por la pobre gente muerta. ¡Indios!, ¡eran los indios de México los que se habían alzado en armas! Eran ellos los verdaderos olvidados, los eternamente excluidos del banquete nacional, los dueños originarios de este país y, sin embargo, nunca convidados al exiguo bienestar social que no se cansan de pregonar los criollos y mestizos que integran la mafia política que lleva gobernando a este país desde hace más de sesenta años. Ellos habían traído un auténtico “Año Nuevo” para este país. ¡Vaya!

Lourdes no acostumbraba festejar el fin de año. Desde que en algún lugar oyó decir a alguien —no recuerda bien a quién— que todos los días se acaba un año, decidió que eso bastaba como argumento para dejar de celebrar el 31 de diciembre; un día tan estúpidamente igual a cualquier otro, del mes que fuera.

Lourdes experimentó un alegre desconcierto: “Vaya. ¡Así que el viejo sueño no ha muerto!, se dijo en voz alta y se sorprendió, alborozada, exclamando: “¡Oye eso, Lennon, el viejo sueño no puede morir nunca, güey!”.

Corrió al teléfono y llamó a Rubén, pero en su casa nadie contestaba.

Se había hecho amiga de Rubén en el Distrito Federal, cuando estaba ya a punto de regresarse. Él también había vuelto a Tampico años más tarde, cuando su padre, agobiado por la edad, le pidió que se viniera al puerto para hacerse cargo del negocio familiar —una ferretería— pues empezaba a marchar muy mal. A Rubén siempre le habían interesado las actividades políticas, parece que militaba en un partido de izquierda, Lourdes no recordaba en cuál; estaba tan atomizada la Izquierda tras la desaparición del Partido Comunista Mexicano.

Lo había encontrado en el café una vez que Clara no asistió a la cita habitual. Fue Rubén quien se acercó a ella preguntándole: “¿Ya no te acuerdas de mí?”. Desde entonces se reunían para beber de tanto en tanto, un par de cervezas en el bar Palacio, una cantina con mesas al aire libre, bajo los portales del viejo centro de Tampico, frente a la Plaza de la Libertad.

Luego llamó a Míriam, su maestra auxiliar en la universidad privada donde impartía las clases del área de Literatura. Míriam era una mujer joven con opiniones propias —bastante liberal para Tampico, en particular, y para la docencia privada, en general— pero ella tampoco estaba. Había ido a Mazatlán a

pasar unos días. “Hoy llega, yo creo que no tarda”, le informó la sirvienta.

“Tendré que ir a buscar a Clara, ya no puedo seguir disgustada con ella después de esto”, se dijo alegremente. Era como si de pronto se hubiera liberado de todos sus rencores y furias, de todo su resentimiento y amargura. Silbando *Imagine*, salió de su casa.

Mientras caminaba, pensó: “Si Pablo viviera aquí, le hablaría y le propondría que organizáramos algo para apoyar al EZLN. Pero como no está, tendré que hablar con Clara acerca de lo que debemos hacer. Creo que ella ha de estar más feliz que yo con lo que está pasando”.

Y ese cabrón, ¿quién es?

Clara supo la noticia del alzamiento zapatista al levantarse ese primero de enero del 94; su hermana Lucía, quien vivía a dos calles de su casa, la fue a despertar para que viera la televisión, pues estaban transmitiendo imágenes en vivo, le dijo. Eran las doce del día. Clara se había dormido casi al amanecer platicando y bebiendo sidra con Norma, su hermana menor, mientras el año viejo se iba y el nuevo iba llegando entre cohetes y balazos, música y abrazos:

—Los mejores deseos para este año, que ya no sea tan peor —le dijo Clara a Norma mientras la abrazaba.

En algún momento de la madrugada, cuando ya Norma se había quedado dormida en el sofá, Clara dijo en voz alta casi gritando: “¡Feliz Año Nuevo, ja! Solo buenos deseos. Qué otra cosa pueden ofrecerse mutuamente los jodidos en este país de todo nuestro desamparo: Cuarenta millones de pobres y más de veinte millones en miseria extrema, ¿acaso a nadie le importa?”, pero nadie en el mundo la oyó o si alguien lo hizo, no se supo, pues nadie respondió. Clara se echó a llorar quedito y luego se quedó dormida.

La voz chillona de Lucía le decía, casi le gritaba: “Son unos encapuchados, Clara; dicen que son indios, pero hay extranjeros

entre ellos; y dicen que son ellos los que están azuzando a la indiada contra el Gobierno”.

—A ver —dijo Clara tallándose los ojos y encendiendo el televisor—; vamos a ver lo que dicen los mentirosos de la tele.

Se había dormido vestida, aún se sentía algo mareada por la sidra. Se dejó caer en el sillón dispuesto frente al aparato y fijó su atención en la pantalla. Allí, uno de los más prestigiosos manipuladores del canal al servicio del Gobierno, decía: “Hemos observado que entre ellos hay extranjeros y mestizos, y todo parece indicar que estos son los que están al mando; esto es: ¡Que no son indios los que están dirigiendo el sangriento ataque a diversas posiciones militares aquí, en la región de Los Altos de Chiapas!”.

—Ya ves, te lo dije —observó Lucía con aire satisfecho.

—Cállate, déjame oír lo que dice este imbécil —fue la respuesta de Clara.

En la pantalla aparecían muchos cadáveres tirados en el suelo, ya sin pasamontañas, eran indios, algunos muy jóvenes. A Clara se le salieron las lágrimas. No quería oír lo que decía el conductor del informativo, no quería que Lucía siguiera allí, encantada de compartir con ella “algo verdaderamente impaciente”, según le estaba diciendo, para en seguida preguntarle:

—Dime, Clara, ¿tú ya sabías de esto?

—Cómo quieres que sepa —respondió limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—, si estoy aquí, sumida en este fundillo del diablo que es Tampico.

—Pero algo has de haber oído —insistió Lucía mirándola inquisitivamente—; yo sé que tú anduviste metida en estas cosas hace mucho —dijo casi en un susurro e informó—: Mi mamá me lo dijo cuando ya estaba muy enferma y me pidió: “Cuida mucho de Clara, porque es muy atarantada y se puede meter

en problemas. No quiero que me la vayan a matar, el Gobierno es muy cabrón y no se va a tentar el corazón nomás porque ella sea mujer”, así me dijo.

—Mejor debió pedirte que cuidaras más a tu marido, que ya se te está “pelando” con otra vieja, y tú ni cuenta te has dado.

—Mira, pendeja —le respondió, furiosa, Lucía—, yo te digo estas cosas por tu bien y para que sepas la última voluntad de mi ‘amá, no para que te enojés conmigo y me restriegues en la cara lo que yo ya sé desde hace mucho. Y para que te lo sepas —agregó ufana—, si mi viejo se larga con otra, mejor para mí; ya me tiene harta el baboso ese —dijo y se soltó llorando.

—Perdóname, manita —le dijo Clara abrazándola—, pero es que tú te metes más allá de lo que es válido. Yo no te quiero ofender, pero por la forma que tienes de interrogar, más pareces policía que hermana mayor protegiendo a la tarada de su hermanita zurda. Mira, para que te tranquilices, te diré que no sé nada de este EZLN. Hace mucho que me alejé de mis antiguos compañeros, que, por otra parte, nunca fueron guerrilleros, solo eran comunistas, y el PCM ya lleva varios años de haber desaparecido. Así que no te preocupes más por eso, ¿eh?

—¿Me lo aseguras, de veras? —insistió Lucía.

—Te lo juro por Carlitos Marx, si quieres —bromeó Clara.

—Y ese cabrón, ¿quién es?

—¡Yaaa! —dijo Clara y apagó la tele.

Herramientas del primer mundo para una revolución —que sin ellas sería otra vez otra derrota— del tercer mundo

Lucía se fue a su casa y Clara se preparó para salir, necesitaba enterarse con más objetividad acerca de lo que estaba ocurriendo en esos momentos en su país. En el centro de la ciudad había un negocio de alquiler de Internet, iría allí para averiguar qué estaba ocurriendo en realidad.

Ella recordaba que, en 1968, cuando el país entero era silenciado por el terror represivo desatado por el Gobierno de Díaz Ordaz, la única información confiable estaba en los diarios extranjeros, pues muchas fuentes periodísticas europeas se hallaban en el país con motivo de las Olimpiadas que se celebrarían ese año en México. La italiana Orianna Falacci, quien resultó herida en la Plaza de las Tres Culturas, era una de esas periodistas. Pensó que si en San Cristóbal había turistas —pues en Chiapas siempre los había— algunos de ellos habrían reportado los hechos a algún periódico de su país y, seguramente, allí estarían ya muchos reporteros gringos, europeos o de otras partes.

Estaba a punto de salir cuando tocaron a la puerta. Era Lourdes quien, sin siquiera saludar, le preguntó:

—¿Ya te enteraste?

—Sí, de algo, pero desconfío absolutamente de lo que dice la pinche televisión. Ahorita mismo estaba por salir al centro para meterme al Internet, a ver qué encuentro, ¿vamos?

—¡Qué bruta!, ¡cómo no se me había ocurrido! No te apures por eso, yo tengo Internet en la casa. Además, dime, ¿en qué otra cabeza que no sea la tuya puede caber que encontrarás algún negocio abierto hoy! Vamos a mi casa, ándale —propuso Lourdes.

Mientras caminaban rumbo al departamento —pues ese primero de enero, como en cualquier otro, no había un solo autobús en las calles a esa hora—, Clara experimentó una sensación agradable. Le parecía que ella y Lourdes eran otra vuelta esas muchachas de diecisiete años que tantas veces caminaron por las calles de Tampico compartiendo sus pocas esperanzas y alegrías al amparo de una adolescencia casi sin opciones.

—¿No crees —le preguntó a Lourdes— que esto ya lo hemos hecho antes?

—Pues ahora que lo dices... creo que sí, ¿no?

—Mensa. No, ya en serio, ¿te acuerdas...

Se las podía mirar como si fueran dos muchachas que, ahora adultas, se volvían a reunir no por nostalgia, sino por aquello que entonces, cuando eran casi unas niñas, prestó el más alto significado a sus vidas y justificó de algún modo su derecho a abrazar al mundo: la necesidad de asumir su pertenencia a los que estaban en desventaja negándose a participar en aquello que sirviera a los poderosos para explotar aún más a los suyos —los más pobres— y engrosar así su tajada sangrienta. Ellas nunca se habían acomodado en la mesa del banquete que excluía a los más.

Para ellas la toma de conciencia no fue nunca una cuestión de moda, si bien nunca asumieron un compromiso que

implicara la pérdida de la libertad o de la propia vida, su pertenencia a una generación de jóvenes que crecieron en el espíritu del 68 las había marcado indeleblemente. Querían hacer algo para confirmarse como gente buena, decente, consciente o lo que sea sinónimo de inocente, pero no víctima; sí, algo, lo que fuera, pero ¿qué?, ¿cómo?

Cuando llegaron a la casa de Lourdes, lo primero que hicieron fue café, y tras servirse sendas tazas, se dirigieron a la PC de Lourdes. La tenía instalada en su recámara.

—¡Putra madre! —observó Clara— yo que te vi moliendo nixtamal en el metate y ahora me presumes de tecnócrata, pinche Lourdes... qué chingona eres, me cae.

—No te burles de mí, yo necesito esta chingadera para —aquí su voz adquirió un tono solemne— “desempeñar eficazmente mis labores académicas” de acuerdo con las exigencias de la universidad, que fue la que nos consiguió un crédito para comprarlas y así ponernos a la altura de sus pretensiones de “excelencia académica”. ¿Acaso no te acuerdas que, según tu presidente Salinas...

—Tus nalgas —respondió Clara al instante, pero Lourdes prosiguió sin hacerle caso:

—...ya somos del Primer Mundo luego de la firma del TLCAN? Mira, ya salió el portal desde donde buscaremos al EZLN.

En la pantalla del monitor apareció el portal de Altavista y en el cuadro donde decía *simple query*, Lourdes escribió: “ezln”, pulsó *search* y: ¡Lotería! Había tres sitios. En uno de ellos se reproducía la *Primera Declaración de la Selva Lacandona*.

—Oye, tú, esta declaración es como el manifiesto que lanzó Fidel en La Habana, ¿verdad? —preguntó Lourdes.

—Pues sí —admitió Clara, añadiendo—: pero fíjate, el tono es épico-lírico-bíblico-marxista o casi, ¿no crees?

—Sí, pero como del *Popol Vuh* —precisó Lourdes.

—¡Qué bárbaros! Oye, ¡esto es genial!

—Es que son mayas —observó Lourdes con satisfacción.

Luego buscaron un sitio en donde hubiera fotos: Nada; después buscaron en *Le Monde*, en el *New York Times*, en el *Washington Post*, pero allí no había información alguna. Tal vez días más tarde, cuando el Gobierno mexicano pusiera mordaza a la prensa nacional, allí encontrarían información más objetiva. En vista de eso, Clara ordenó más que propuso:

—Lo primero que vamos a hacer mañana es montar guardia en el estancillo de José Carioca para comprar *La Jornada* en cuanto llegue, porque yo creo que va a haber cola para eso.

—Te comisiono para que seas tú quien lo haga, pues yo estaré dando clases desde temprano y salgo hasta la una de la tarde.

—Me parece muy bien, y si conoces a quienes puedan estar interesados en esto, ¿por qué no los invitas a platicar sobre cómo organizarnos y evitar que el Gobierno masacre a los indígenas? Porque eso, seguro, es lo que sigue si no hacemos algo.

En la noche del 2 de enero se reunieron con Rubén —y él trajo a Susana, Estela, Jorge y Gonzalo— y con Salustio, Alejandra, Celestino y Fernando, amigos de Míriam, para intercambiar información y puntos de vista. La reunión fue en casa de Lourdes, con el auxilio de la computadora y la Internet.

Crochet revolucionario

Salustio era reportero de la fuente de cultura en un periódico local; se las había arreglado para “capear” del teletipo toda la información sobre el EZLN conforme iba llegando al diario. Era un muchacho serio, alto, rubio y delgado de unos veinticinco años, que miraba al sesgo cuando oía concentradamente los comentarios iniciales de Rubén y Clara en la casa de Lourdes. De tanto en tanto tomaba notas, después de todo, no dejaba de ser un periodista, siempre dispuesto a escribir su reporte para las noticias del día siguiente. Todos los asistentes a la reunión estaban alegres; había en ellos ese entusiasmo que caracteriza a quienes disponen los preparativos de una gran fiesta.

—Es que es increíble lo que está pasando —decía Clara, los ojos brillantes—; es que a ningún teórico izquierdista de los tiempos recientes se le habría ocurrido convocar a los indios para hacer una revolución que ponga el acento en ellos, los más pobres de los pobres. De pronto veo cuánta ceguera y mezquindad hay entre nosotros, los mestizos...

—Lo que también yo veo es la generosidad de ellos al incluirnos entre los beneficiarios de su lucha —dijo Rubén seguidamente—; se ve que aunque nosotros —hablaba desde la altura de su añeja militancia en un partido de izquierda— nunca hemos tomado en cuenta sus ancestrales reclamos, ellos,

al hacérselos visibles, nos hacen saber que también nosotros tenemos razones para organizarnos y luchar junto a ellos porque la situación de muchos millones de mexicanos es apenas un poco mejor que la de ellos.

—Pero los van a masacrar —aterrizó en la noche el miedo en voz de Míriam—, y nosotros, ¿qué vamos a hacer para que eso no pase?

Salustio intervino:

—La información más reciente es que se está organizando una manifestación monstruo en apoyo al EZLN en la Ciudad de México, a la que están siendo convocadas las fuerzas progresistas de todo el país; me parece que va a ser el próximo domingo; pero déjenme confirmarlo mañana y paso corriente, ¿eh?

—Hay que ir —propuso Celestino—; eso nos puede ayudar a formar una organización ciudadana nacional que sea fuerte y grande, a la que el Gobierno no pueda golpear tan fácilmente.

—Además —acotó Jorge—, seguro que podremos contar con el apoyo de las ONG del mundo, como Amnistía Internacional y America's Watchers.

—Eso es seguro, ya verás —dijo Lourdes.

—No, pues si ya de por sí hay mucha raza organizada aquí mismo; ya hay redes ciudadanas que se han ido formando al margen de los partidos para protestar por lo que sea —dijo Clara y profetizó—: Esto se va a poner de la chingada para Salinas. Ya se le cayó su méndigo teatrillo.

—Y más grueso va a estar para el PRI... No quiero ser ilusa o excesivamente optimista, pero pueden jurar que este es el principio del fin de esa pesadilla nacional —se animó a decir Estela, que había llegado de Arizona el día anterior.

—¿Tú cómo ves?, ¿crees que la raza chicana le entre al apoyo del EZLN? —quiso saber Míriam.

—¡Uta, claro que yes, en “espanglés”! —le contestó Estela.

—Bueno, se aceptan propuestas para acciones urgentes —hizo saber Clara.

—La primera —dijo Salustio— es que yo me comprometo a informarles mañana las novedades que se vayan presentando y, también, a confirmar la fecha de la manifestación —y dirigiéndose a Celestino, preguntó—: ¿tú estarías dispuesto a ir en nuestra representación?, digo, para ir coordinando lo de los gastos que vas a hacer.

—Yo sí puedo ir, y también tengo mis ahorritos que, aunque no son muchos, peor es nada —informó Celestino.

—Vamos sacando una carta abierta en el periódico para convocar a la gente que quiera participar con nosotros.

—Allí sí tenemos que andarnos con sumo cuidado —dijo Rubén—, porque los primeros que nos van a caer son los gandallas del Insen.

—¿Los viejitos? —preguntó extrañada Lourdes—; ¿y qué tiene de malo eso?, si hasta puede que revivan.

—No, güey —aclaró Clara—; Rubén habla de los nefastos del Institute of National Security, para que lo entiendas mejor ahora que ya entraste al TLCAN.

—Ah, pues sí, ¿verdad? ¡Putal!, ¿entonces qué?, ¿vamos a operar en la clandestinidad o qué? Porque tenemos que hacer esto grande, si no ¿de qué va a servir o cómo vamos a presionar al Gobierno?

—Yo creo que primero vamos tejiendo la red interna —propuso Susana—, el centro de la telaraña, y de allí vamos urdiendo el entramado haciéndolo crecer.

—Propongo un curso intensivo de crochet revolucionario, que será obligatorio para todo aquel que aspire a integrar nuestra organización —dijo riéndose Rubén.

—Pues yo me apunto desde ya —dijo Clara con entusiasmo.

Una conversación estúpida

Clara le preguntó a Lourdes:

—¿Cómo voy a seguir escribiendo mi novela ahora que todo en este país está cambiando? Te juro que ya perdí el tono... y los personajes se me están deshaciendo, literalmente, entre las manos.

Lourdes la miró con simpatía y sonriendo compasivamente, le dijo:

—Pues mándala al carajo —y viéndola fijamente a los ojos, le aconsejó—: Haz otra.

—Si fuera así de fácil —le contestó Clara, sin mirarla.

Estaban charlando en el balcón del departamento de Lourdes; era una noche fría de enero, sin viento. En el cielo había estrellas, pero la luna no aparecía por ningún lado. Las dos bebían tequila recostadas una frente a la otra en sendas hamacas. Ambas usaban pantalón y chamarra de mezclilla, sudadera de algodón negra y suéter claro. También sus botas eran parecidas, solo las diferenciaba el color: las de Lourdes eran cafés y las de Clara, grises. Parecían hermanas, las dos eran muy altas y corpulentas, sin maquillaje siempre, sin colgijes; las manos grandes, las uñas cortas; el cabello largo y suelto, rizado el de Lourdes y lacio el de Clara. Las dos fumaban, bebían y maldecían, como muchas mujeres de su época.

—Tal vez sería bueno que involucraras a Eloísa en una organización ciudadana, de esas que ahora abundan; que la hicieras protagonizar a la heroína que llega hasta donde está Marcos, arrastrada por el ideal político que poco a poco se torna amoroso y... —propuso Lourdes antes de callarse porque Clara le estaba dedicando la mirada que usaba cuando tenía deseos de estrangularla.

—¡Uta, ya se ve por qué no escribes nada nunca, mana! —le dijo—. Cómo crees que podría hacerle esa marranada a uno de mis personajes más entrañables. Ya ni la haces, pinche Lourdes —protestó Clara, riéndose al final.

—Bueno, era un consejo. Por lo menos ahora ya sabes lo que no debes hacer; para eso sirven los críticos, ¿o no?

—¡Pues qué chingones, eh!

—Mira —agregó Lourdes—, yo creo que es perfectamente factible meter a tus personajes en este rollo de la vida real y actual. ¿En qué se quedaron? Bueno, más bien, ¿qué los dejaste haciendo cuando se te empezaron a diluir...?

—Pues... Eloísa tiene un negocio, un divorcio y dos hijos; además de un desencanto de la chingada. Del Frank, ni sus luces. La Jose está hecha un moco porque Carlos, el camarada martillo, la dejó por otra mujer. Y tú... ya ni me querías volver a ver.

—¡Óyeme! No me digas que hasta eso estás poniendo en tu novela. Qué escasa madre, por no mentar a la imaginación, tienes; me cae —le dijo Lourdes carcajeándose.

—Pues qué quieres, ya te había dicho que no tengo imaginación; tampoco tengo madre, pues tuvo a bien morirle hace seis años, la bienaventurada.

—¡Híjole! está difícil contigo... ¡Oye! —exclamó Lourdes repentinamente— Y si los dejas donde se quedaron, sin volverlos a mencionar y continuas con la irrupción del EZLN y lo que

nos está pasando a nosotras. Así, como está ocurriendo, a ver qué pasa.

—Eres un genio —le dijo Clara incorporándose de la hamaca e hincándose teatralmente frente a Lourdes—: No te has tentado ni tantito el corazón para matar a mis personajes. Ellos tal vez logren perdonarte y olvidarlo, pero yo erigiré un monumento a la entrada de mi novela en memoria de tu inmensa mezquindad y escasa inventiva.

—No fue una buena idea, ¿verdad?

—Pues claro que no, ¿cómo crees que voy a reseñar el transcurso de nuestras pichurrientas vidas? A ver, dime, ¿a poco voy a transcribir esta conversación estúpida en una novela?

—¿Por qué no? Innovarías...

—No me importa innovar ni madre alguna que se parezca a eso. Yo solo quiero que mis personajes no se desvanezcan en la trivialidad de unas vidas pendejas, como son las de casi todas las gentes.

—¡Uta, diles algo! —le reclamó Lourdes en broma.

—No, pues si también estoy hablando de las nuestras, no te creas que nos quedamos fuera, yo sí sé verme en el espejo.

—¡Órale! —atinó a responder Lourdes, antes de empujarse otro trago de tequila para bajarse la vergüenza.

Una salida afortunada para un final sin suerte

Entraron al salón de baile. Lourdes iba a decir algo, pero advirtió que el volumen de la música le impediría ser escuchada. Rubén hizo una seña al mesero que estaba recargado en la barra de servicio y éste se acercó. Los llevó hasta una mesa cercana a la pista y a la orquesta.

Era la Internacional —y al parecer, eterna— Orquesta Tampico quien amenizaba el baile. La Tampico llevaba más de cuarenta años tocando los éxitos de las grandes bandas de los cincuenta. Nadie sabe cómo lograron resistir tantos años Claudio Rosas y sus músicos, originales la mayoría de ellos. Bodas, quinceañeras, aniversarios de lo que fuera, Claudio estuvo allí soplando su corneta jazzera y dirigiendo a la orquesta, reavivando la nostalgia por una época que todavía lloran los que no quieren recordar lo mala que fue en realidad.

La idea fue de Clara, quien propuso celebrar el alzamiento zapatista yendo a bailar al Casino Moctezuma “para unirse, aunque fuera simbólicamente —dijo— a la alegría de los más pobres de los pobres de Tampico y sus alrededores”. Rubén hizo saber que los domingos siempre había baile en el Moctezuma, día de fiesta y descanso para los trabajadores del salario ínfimo. Clara se sentó junto a Rubén y Lourdes, al lado de Míriam.

Pidieron cervezas y brindaron por el EZLN: “¡Bravo por ellos!”, dijeron, y después, en silencio, se quedaron viendo a las parejas en la pista. No había más de siete, pero bailaban con tal perfección que seguramente eso desanimaba a los demás bailarores que permanecían sentados viendo los desplazamientos en la pista. Lourdes se inclinó hacia Míriam para comentarle: “¡Qué bárbaros! En estos momentos es cuando me entristece no haber aprendido a bailar como Dios manda”. Míriam le dijo que hiciera caso omiso de las reglas y que se animara a bailar como le viniera en gana siguiendo el ritmo, nada más.

Lourdes ya no le respondió, pero pensó que la diferencia entre ella y esa muchacha no era una cuestión de edad, sino más bien de contenido. Cuando Lourdes tenía la edad de Míriam casi nunca iba a fiestas; las reuniones con sus compañeros de la Facultad de Letras transcurrían entre largas discusiones acerca del valor de las más recientes publicaciones literarias, donde quien lograba imponer su criterio lo hacía repitiendo lo que había oído decir a alguna vaca sagrada de la intelectualidad literaria. En esas reuniones siempre había música, aunque nadie la atendía. Parecía que leer y bailar no se llevaban, o que una cosa excluía a la otra. Leer y escribir parecían preparar a los jóvenes para la rigidez ¿física solamente? Se adquiriría agudeza en la crítica literaria solo a condición de permanecer sentado, leyendo; “como quien traga almidón a cucharones”, pensó, y recordó que cuando Norman Mailer publicó la novela *Los hombres duros no bailan*, le encantó el título, aunque no podía adherirlo porque ella sí bailaba: *Twist, surf, a go go, hustle*, hasta ritmos tropicales; todo lo que se bailara suelto porque, realmente, lo que ella no sabía era cómo dejarse llevar. Lo había intentado varias veces, pero los voluntarios que se habían ofrecido a enseñarle a bailar en pareja terminaban abandonando el intento,

pues su resistencia a ser conducida en el baile y su obstinación en moverse por donde le iba en gana, casi siempre en sentido opuesto al de su pareja masculina, terminaban desesperando a cualquiera. “Déjate llevar”, le decían invariablemente, pero ella no iba a donde ellos querían; ella tenía su propia manera de conducirse dentro del ritmo, no necesitaba de guía alguno para moverse de acuerdo con lo que la música le ordenaba a su cuerpo. De eso estaba segura.

Cuando terminó la tanda de la orquesta y los músicos se fueron a descansar unos minutos, Lourdes le preguntó a Rubén si sabía bailar:

—No muy bien, en verdad. Lo más que puedo decir a mi favor es que me sé mover, y hasta ahí —respondió con humildad y, viendo a Clara—: ¿Tú sí sabes bailar en pareja?

—No —respondió ella sonriendo apenada.

—¿Y tú, Míriam? —continuó Rubén.

—Yo tampoco, pero me vale; nada más me dejo llevar por el galán y procuro no pisarle los pies; creo que ese es todo el chiste del baile de salón —informó Míriam a la mesa, como para tranquilizar a sus compañeras que se veían muy menoscabadas.

—No te creas —le contestó Rubén—; si te fijaste, hace un rato las parejas de la pista nos dieron una cátedra de baile.

—Bueno, tú preguntaste que si yo sabía bailar acompañada y no qué tan bien podía hacerlo, según entendí —Míriam se defendió y lo miró retadoramente.

—O sea, que ninguna de mis acompañantes de esta noche sabe bailar abrazada a alguien —confirmó Rubén riéndose alegremente.

—Es que las mujeres zurdas bailan suelto, güey —le informó Lourdes y todos rieron asintiendo, complacidos con su afortunada salida.

¿Qué hay del otro lado?

Cuando Rubén dijo que no quería bailar; que “así, suelto, ni madres”, Míriam se paró, se inclinó caballerescamente ante Lourdes y después ante Clara y engolando la voz, dijo: “¿Me permiten esta pieza, compañeras?”.

Las dos se incorporaron inmediatamente. Las sillas de metal que habían empujado con sus piernas al pararse fueron a dar al suelo. Rubén se dispuso a acomodarlas en su sitio advirtiéndoles: “Ya no más cervezas, ¿eh?”, pero las tres mujeres ya estaban en la pista bailando suelto ante las risas divertidas de algunos concurrentes.

Clara sentía pena; nunca había bailado en público. A solas, en su casa, cuando Norma se iba a la oficina y ella se quedaba a cargo de las faenas domésticas, ponía algún disco en el aparato estereofónico y bailaba: “Un poco de ejercicio no le va mal a nadie”, se decía como disculpándose. No tenía idea de si lo hacía bien o mal, solo sentía que debía poner en movimiento, de manera coordinada y graciosa, los brazos, las piernas, las caderas, la cabeza... “Sí, la cabeza también, porque hay que darle elasticidad al cuello”.

Esa noche Lourdes bailó con Clara y Míriam lo mejor que pudo; estaban celebrando y debían hacerlo de manera rotunda, alegremente desenfadada, creía. Míriam bailaba sin

rubor alguno intentando coordinar sus movimientos con los de sus compañeras, lo que resultaba del todo imposible, pues cada cual bailaba a su aire.

Rubén las miraba sorprendido: “Estas tres viejas están divinamente locas... —consideró para sus adentros— pero, al fin y al cabo, son como muchas mujeres de ahora: A ellas no hay quien las lleve al baile”. Y se reía para sí mismo cuando concluyó: “Con mujeres así, lo que sigue no puede sino mejorar, ya lo creo que sí”.

ÍNDICE



Mejor te escondes	13
¡Hasta crees!	19
¿Cómo pudo?, ¿estaba de suerte?	23
No se nace así nomás	27
¿Cuál pinche acción?	29
A lo mejor ni importa	31
Cómo empezar una historia	35
¡Qué bárbaro!	39
Un lujo a tu alcance	43
Carteándose con negros comunistas	47
¿Qué querrán esos tipos?	51
Como sobre una roca firme	53
Si la vida es muy bonita	57
Previsiblemente, un hombre de mar	61
¿Quieres ser mi héroe, o lo que sea?	63
Esa no soy yo, ¿quién se cree que es?	67
Si no lo entiendes es porque es muy bueno	71
Viviendo con “los cuates”	73
Por el bien de la causa	77
Quedó peor que muerto	81
<i>Challenger la vie</i>	83



Lamentamos —aunque no mucho—
interrumpir esta novela para hacer saber el
siguiente reporte informativo | 89

—*The dream is over.*

—*Excuse me... what did you say???* | 91

Y ese cabrón, ¿quién es? | 95

Herramientas del primer mundo para una revolución
—que sin ellas sería otra vez otra derrota—
del tercer mundo | 99

Crochet revolucionario | 103

Una conversación estúpida | 107

Una salida afortunada para un final sin suerte | 111

¿Qué hay del otro lado? | 115



Las mujeres zurdas bailan suelto
Gloria Gómez Guzmán

Las mujeres zurdas bailan suelto se terminó
de imprimir en diciembre del 2025 en los
talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,
Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.

En este libro se utilizó tipografía de
la familia Minion Pro.

Se imprimió en papel cultural.

